

Abelardo Gallego Canel (1879 - 1930)

Por B. Madariaga de la Campa



A. Gallego en 1929

INTRODUCCION

Una de las figuras más prestigiosas de la veterinaria española es, sin duda, el profesor Abelardo Gallego, al que puede considerarse, con justicia, como el último y más destacado representante científico que ha dado la profesión en los últimos años.

Gallego, en contra de lo que algunos observadores superficiales de su obra pudieran ligeramente considerar, no debe estimarse como un valor pasado de moda o simplemente como un hombre de ciencia destacado únicamente en su profesión. Se precisa tener en cuenta, primeramente, su contribución en el campo de las técnicas microscópicas y después su personalidad, que tanto llamó la atención de otras figuras de la ciencia médica que le brindaron su amistad. Gallego fue un científico autodidacta que llegó a reunir en su persona las dotes del investigador, que raramente coinciden en el español. A

su aguda inteligencia, unía una gran voluntad, una formidable memoria y una sorprendente capacidad de trabajo. Sin embargo, es preciso reconocer que salvo el recuerdo entrañable de sus amigos y discípulos, ha caído en un olvido inexplicable, crisis por la que pasan todos los hombres valiosos, pero que resulta extraña y dolorosa cuando ese olvido, esa falta de exaltación y, si se me permite, de reparación, parte ya de su propia profesión. No quiere ello decir que Abelardo Gallego sea un desconocido (1), pero me atrevería a decir que existe una deuda profesional hacia él, que está pidiendo un estudio completo y firme de su figura humana y de su labor científica, muy diferente al que recogen estas páginas, escritas con cariño, pero al fin y al cabo escritas por un veterinario que sólo capta el eco de unos valores vistos bajo el prisma profesional. Y aún así, si comparamos lo que se conoce de las dos facetas de Gallego, llegamos a la conclusión de que se ha difundido más la parte científica que la humana. Tampoco puede decirse que Abelardo Gallego haya sido una figura malograda de la veterinaria española. Nos dejó ya una rica herencia plena de contenido científico, que ha soportado el paso del tiempo. Yo recuerdo todavía con emoción mi primera visita a la Facultad de Veterinaria de Giessen, en Alemania, cuando en el laboratorio de la cátedra de Histología me mostraron unas preparaciones con las que trabajaban según el método del español Gallego. Quizás fue aquél el único bálsamo patriótico de mi visita a una Facultad de Veterinaria extranjera, ya que el resto de nuestras contribuciones eran, según me dijeron, bastante pobres o, al menos, que es lo que yo creo, bastante ignoradas.

Después de su muerte las técnicas de tinción del método de Abelardo Gallego se han seguido utilizando dentro y fuera de España como unas técnicas clásicas en el campo de los estudios histológicos. Una muestra de ello es el trabajo suyo sobre la tinción de las fibras elásticas reproducido seis años después de su muerte en la *Revista Española de Biología* (1936) y las men-

ciones que hacen con detalle a sus métodos Romeis (1928), González Alvarez (1944), Urtubey (1931), Langeron (1949), Beccari (1952), Piédrola Gil y García Rodríguez (1956), Frauchiger y Frankhauser (1957), Peregrín (1960), Mc Manus y Mowry (1968), Martoja y Martoja-Pierson (1970), Dualde (1971), etc. Sin embargo, el hecho de sobrevenirle la muerte cuando se encontraba en la plenitud de su vida y había alcanzado una preparación y especialización notables en Histología y Anatomía patológica, impidieron sin duda que nuevos descubrimientos hubieran coronado una vida más duradera. En ese momento Gallego emprendía, lleno de entusiasmo, la realización de empresas más ambiciosas y tan capitales como el estudio del cáncer experimental y del complejo sistema retículo-endotelial. Pero la muerte quebró para siempre este programa científico, cuando este hombre de ciencia de la veterinaria española había ganado a pulso un renombre en los medios científicos de su especialidad y era ya conocido en el extranjero.

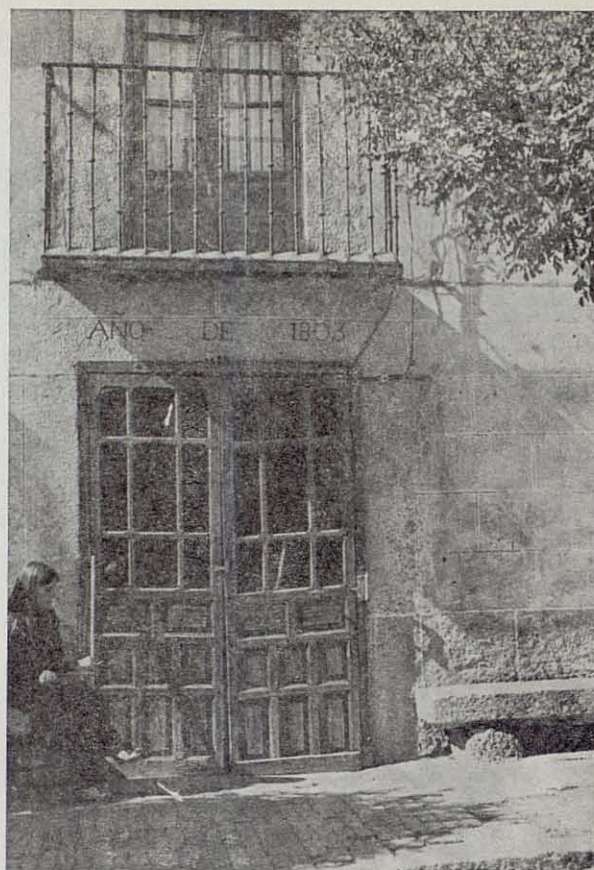
NACIMIENTO Y NIÑEZ

En el pueblo de Rascafría, partido judicial de Torrelaguna (Madrid), pueblo encantador y maravilloso, próximo al puerto de Rebentón y en la Sierra de Guadarrama, nació Abelardo Gallego el día 10 de septiembre de 1879. Tal como reza su partida de bautismo, eran sus padres Eduardo Gallego Pérez, médico del pueblo, natural de Almadén del Azogue, en Ciudad Real,



Casa de la plaza de Rascafría (Madrid), donde nació A. Gallego

y Julia Canel Solana, natural de Madrid. Fueron sus abuelos paternos, José Gallego Serrano y Francisca Pérez Baterno, oriundos y nacidos, respectivamente, en Almadén y Madrid. El abue-



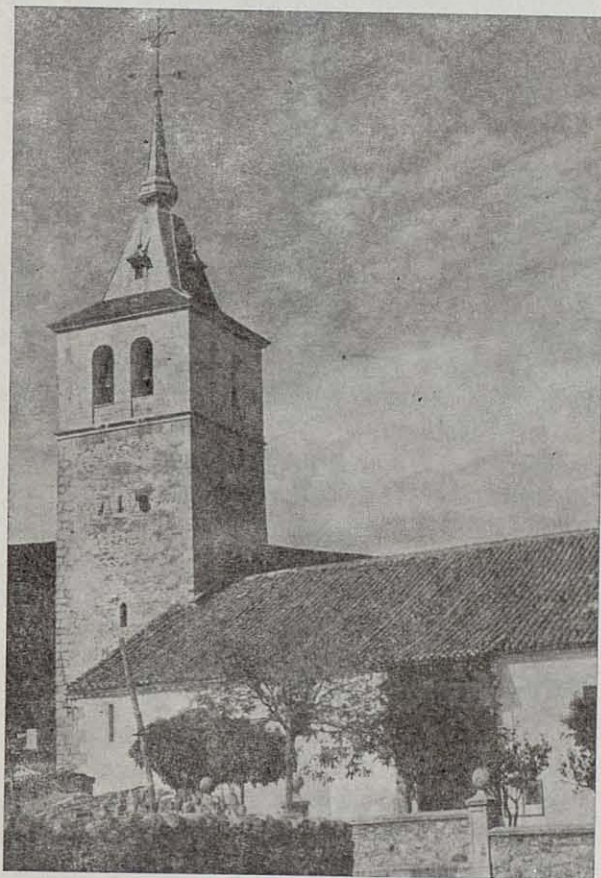
Entrada de la casa natal.

lo materno, Pascual Canel era gallego, de Ribadeo, y la abuela, Mariana Solana, de Madrid.

El padre, Eduardo Gallego, era hermano de Leoncio Gallego, conocido paladín de la profesión Veterinaria. En el ejercicio de su profesión murió a consecuencia del contagio que sufrió al auxiliar a sus enfermos, durante una de las epidemias de cólera que azotaron la región y que vino a ser bien trágica para la familia, ya que se llevó también a dos de los hijos del matrimonio.

En medio de un panorama grandioso, rodeado de montañas, creció el niño en contacto perpetuo con la naturaleza y no muy lejos del famoso monasterio cartujo de Santa María del Paular. En este valle del Lozoya, "una de las más augustas galas de la serranía del Guadarrama", como le llamó el escritor Elpidio de Mier (2), el niño debió de jugar junto al abandonado monasterio que mantenía en sus piedras el orgullo de pasadas glorias. El pequeño Abe-

lardo conoció la soledad de aquel claustro gótico, en cuyo descuidado patio central, cubierto de plantas silvestres, se hallaba el cementerio. Soledad de muerte y silencio cartujano flotaban en el aire de aquel monumento, que se alzaba en medio de frondosos bosques de pino. Aquí aprendió Gallego a amar la soledad y el silencio, como los dos elementos imprescindibles para el trabajo intelectual de un autodidacta. Posiblemente estos dos condicionantes influyeran de una manera decisiva en el carácter del que, con el tiempo, llegaría a ser uno de los máximos representantes de la ciencia veterinaria, al que su pueblo natal, en reconocimiento, dedicó una



Iglesia de Rascafría, donde fué bautizado A. Gallego

calle y brindó en 1925 un homenaje. En efecto, el niño habría de tener después un gran amor por la naturaleza y una sensibilidad especial por el arte y la música.

DE ESTUDIANTE A CATEDRÁTICO

En Rascafría realiza sus estudios elementales

en la escuela del pueblo y después de cursar los que entonces se exigían para ingresar en veterinaria, pasa a estudiar esta carrera en la Escuela de Madrid, en la que se gradúa y obtiene el título, con 18 años de edad, en 1898.

En esta época de su vida estudiantil, en que vivió en la calle Cabestreros, Abelardo dedicó sus ratos libres a ganarse la vida, dando clases particulares, con cuyos ingresos ayudó a la familia huérfana.

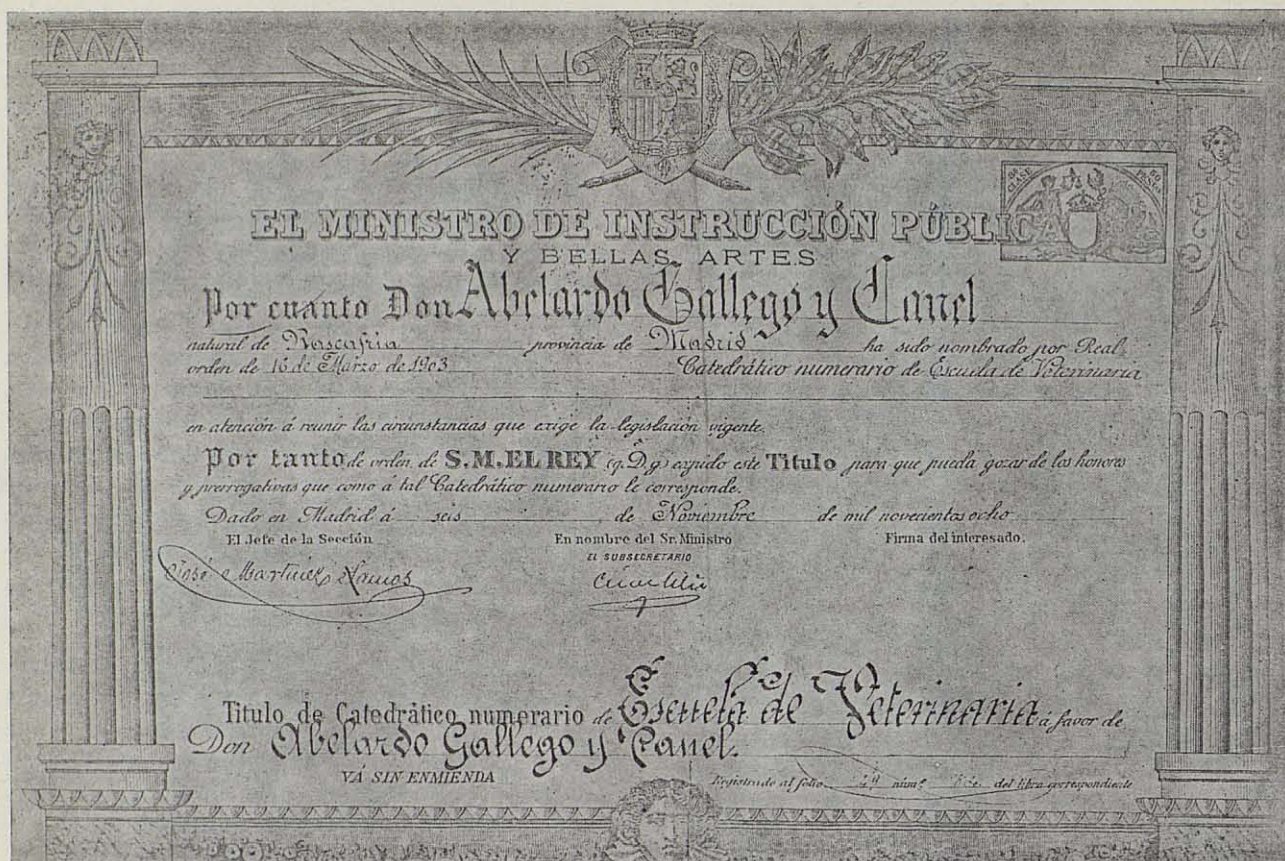
Después debió de estar muy poco tiempo en un partido como veterinario hasta que, en 1903, oposita y gana la cátedra de Farmacología y Terapéutica Veterinarias (3), que desempeñó durante 19 años en la Escuela de Santiago de Compostela, creada gracias al interés y gestiones de Montero Ríos, y desaparecida durante la Dictadura de Primo de Rivera, que la destinó a cuartel de un regimiento.

En esta célebre ciudad de la Galicia estudiantil, en la que se mezcla el paisaje con la emoción de la piedra artística y monumental, se dio a conocer enseguida la inquietud de aquel joven profesor, que mostraba unas extrañas aficiones por la música, la náutica y la astronomía.

Era Santiago entonces, como ahora, la villa provinciana y universitaria de Galicia, con un ambiente estudiantil casi idéntico al que refleja Pérez Lugín en *La Casa de la Troya*. La provisión de cátedras dejaba entonces mucho que desear, y venía a ser una especie de herencia familiar. Pérez Lugín alude, por boca de uno de los personajes de la novela, a esta transmisión de cátedras, cuando dice: "Un padre catedrático tenía un hijo catedrático también y, por si fuera poco, un yerno auxiliar. El decano, cuñado del profesor de Hacienda, tenía una sobrina empleada en la Secretaría. Y así casi todos. Allí no podía haber profesores de fuera" (4).

Cajal también se quejaba de las irregularidades en la provisión de cátedras, que, a lo que parece, no ha mejorado demasiado en años posteriores. La frase, "no te toca todavía", que denunciaba el maestro, indicaba una preferencia lastimosa de turnos (5).

Compréndase, entonces, lo que significaba ser catedrático de veterinaria sin la ayuda có-



moda de padrinos o familiares influyentes, y con una población estudiantil modesta, de jóvenes con gorra y pantalones de pana, arrancados de la cantera rural y que alternaban muchos de ellos el estudio con el trabajo. Con estos alumnos hizo Gallego, con dignidad y talento, una magnífica labor de maestro. Pero, aparte de sus trabajos académicos en la Escuela, siente una gran curiosidad, una inquietud intelectual que le lleva a penetrar, primero como aficionado en otros campos de la ciencia médica. Así ensaya sus posibilidades en hematología bajo la dirección de su amigo, el catedrático de Patología Médica, Miguel Gil Casares. Pero esta especialidad no llega a satisfacerle, aunque los conocimientos adquiridos fueron después valiosos para su labor investigadora (6).

Otro catedrático de Santiago, Ruperto Lobo, le inicia en química biológica; el Dr. Novoa Santos hace lo propio en histopatología médica y los doctores Alsina, Varela Radío, Blanco Rivero, Puente y Baltasar en histopatología qui-

rúrgica. Esta amplia preparación médica habría de servirle de base, como decimos, en sus estudios posteriores, concretamente en la especialidad de histología. Véanse, por ejemplo, sus hipótesis sobre las coloraciones por las fuchinas básicas (7), donde Gallego demuestra una familiarización con la nomenclatura química, nada corriente entonces en un veterinario.

En esos años de comienzo de siglo acababa de ser fundado en España el Laboratorio de Investigaciones Biológicas, marco adecuado a la labor investigadora de Santiago Ramón y Cajal, cuyas influencias en los estudios de histología se hicieron bien pronto sentir en el campo de las ciencias médicas, y hasta Santiago llega el eco del Congreso Internacional de Medicina, que se celebra en Madrid en la primavera de 1903.

Gallego prueba sus posibilidades en la especialidad de las técnicas microscópicas, labor a la que se entrega con verdadero entusiasmo. Es el suyo un trabajo callado y constante, de "dedicación exhaustiva", como me apuntaba su

hijo Eduardo. Muchas veces los bedeles tienen que avisarle cuando, avanzada la noche, continúa su jornada de trabajo, abstraído en sus técnicas, como un mago que ensayara con los reactivos la fórmula mágica, en su afán por encontrar la combinación adecuada de colorantes.

En Santiago traba conocimiento, que se convierte en amistad entrañable, con el Dr. Novoa Santos, quien le estimula y ayuda en esta nueva faceta de su especialización (8). Y así nace una vocación por la histología y la anatomía patológica, en las que pronto cobra notoriedad y prestigio el joven catedrático de la Escuela de Veterinaria, que comienza ya en 1912 su labor investigadora. "Después principié mi labor de técnica histológica —recordaba él mismo años después— que ha sido esencialmente revolucionaria, en armonía, claro está, con mi espíritu rebelde. Y en esta labor es donde he encontrado mis más vivas satisfacciones" (9). Es entonces cuando desarrolla Gallego su labor más fecunda y cuando publica la mayor parte de sus trabajos y se da a conocer como una de las primeras figuras en estos estudios, aplicados a las enfermedades de los animales domésticos, estudios que, como hemos apuntado, contaban en ese momento como maestro indiscutible a don Santiago Ramón y Cajal, que iniciaba con algunos de sus discípulos la que sería después, en todo el mundo, famosa escuela española. Tanto es así, que uno de los historiadores de la Biología, Charles Singer, le califica, con gran vergüenza e injusticia para nosotros, como "casi el único importante investigador científico que, hasta ahora, ha producido España" en el campo de las ciencias biológicas (10).

Junto a los médicos, y representando muy dignamente a la veterinaria española, estaba Abelardo Gallego con idéntica categoría, lograda igual que en el caso de Cajal por méritos propios. No fue su profesión la que le situó, sino que él supo elevar a la que entonces era considerada como una profesión humilde, hasta ponerla en esa especialidad a la misma altura que tenía la medicina. Es por ello por lo que cabe considerar a Gallego como el representante más destacado de la ciencia veterinaria en la escuela histológica española.

En Santiago comienza su fama y, como suele ocurrir también en estos casos, se cierne en torno a él una conspiración de silencio que hizo que, en 1917, apareciera un artículo en *El eco de Santiago*, donde una pluma amiga le dedica, de una forma poética y entrañable, un cariñoso recuerdo, a la vez que denuncia como "se ha levantado sobre él una nube de silenciosa hostilidad" (11).

PROTESTA UNIVERSITARIA

En esos años de su profesorado en Santiago de Compostela es cuando tiene lugar uno de sus mayores contratiempos, al rebelarse y protestar en 1922 por la creación en la Escuela de una Junta de Patronato y Comisaría. Acusado de rebeldía y de poner dificultades al Auxiliar de la Cátedra de Histología, se le abrió un expediente.

La protesta, a la que se unieron también sus compañeros de claustro, Tomás Rodríguez, Moisés Calvo y Jesús Culebras, nos recuerda el precedente que se había dado en 1875, también en Santiago, cuando la llamada "Segunda Cuestión Universitaria", en la que dos profesores de ciencias, Augusto González de Linares y Laureano Calderón, protestaron contra un Real Decreto y una Circular en relación con la enseñanza y promovieron una serie de protestas y de dimisiones en cadena de otros catedráticos solidarios (12).

En este caso Abelardo Gallego hacía uso del derecho a discrepar y se defendió alegando que únicamente había remitido a las demás Escuelas de Veterinaria una copia del telegrama de protesta dirigido al Ministro de Instrucción Pública.

Afortunadamente, el caso no tuvo mayores consecuencias y el expediente fue sobreseído a instancia del Comisario Regio de la Escuela de Veterinaria de Santiago, si bien permaneció una atmósfera de enemistad con el Director de la Escuela, profesor González, que, como dice Serrano Tomé (13), alcanzó "temperaturas verdaderamente incómodas".

LA CATEDRA AMBULANTE

En esta primera etapa profesional comienzan sus trabajos con la que después se denominó

"Cátedra Ambulante de Histología".

Uno de los cursillos más importantes fue el que desarrolló del 12 al 23 de enero de 1917 en Barcelona por iniciativa de don Cayetano López y de los veterinarios del matadero municipal de la ciudad. A la feliz idea se sumó la Sociedad de Biología de Barcelona de la que era miembro destacado Ramón Turró.



Reproducción de una foto de orla estudiantil.

Al cursillo asistieron médicos, veterinarios y estudiantes, y fue tal el interés despertado, que hubo que ampliar las plazas de inscripción.

El profesor Gallego se trasladó a Barcelona y, distribuidos en dos secciones, preparó a los cursillistas en las principales técnicas de histología con el microtomo de congelación y los métodos de coloración más útiles y prácticos para la labor diagnóstica del veterinario.

Los cursillistas realizaron, bajo la dirección del maestro, los métodos de coloración a base

de fuchsina y las modificaciones de Gallego a los de van Gieson y al tricrómico de Cajal y se ensayó su nuevo método de coloración de las fibras elásticas, que después sería mundialmente aplicado.

El valor de los descubrimientos de Abelardo Gallego en Histología radicaba en la sencillez de las técnicas y la rapidez con que se obtenía un diagnóstico en pocas horas, empleando colorantes de anilina, ya que sus precursores habían venido utilizando hasta entonces los métodos de impregnación argéntica. Gallego se servía de la fuchina acética para las coloraciones nucleares y del picrocarmín de índigo como colorante de fondo. De esta manera, el catedrático de Santiago modificaba y mejoraba los métodos tricrómicos, dando a la vez a las preparaciones una mayor estabilidad (14).

Al descubrir este método complementario, Gallego sintió la misma emoción que Cajal cuando logró teñir con el nitrato de plata las primeras neurofibrillas. Téngase en cuenta que el procedimiento científico a principios de siglo era muy diferente al actual. En la penumbra de aquellos laboratorios incómodos, faltos de material moderno, aquellos hombres de la escuela histológica española lograron estos descubrimientos gracias a su abnegación y a las muchas horas de trabajo junto al microscopio, sin ayudantes ni personal auxiliar, realizando ellos mismos, muchas veces, funciones subalternas.

Un banquete en el restaurante *Lion d'Or* puso término a aquel famoso cursillo, en el que se pidió en los discursos finales, una mayor ayuda para el profesor de Santiago, que trabajaba con escasos medios. Sin embargo, Gallego rehusó cualquier tipo de ayuda que no fuera el envío de material patológico para sus estudios.

Al regreso a Santiago de Compostela, sus colegas y compañeros de la Universidad le ofrecieron un homenaje. Allí estaban sus amigos, Novoa Santos, Gil Casares, Dr. García, Tomás Rodríguez, Rof Codina, Jesús Culebras y numerosos alumnos de la Escuela de Veterinaria y médicos de la ciudad.

A los brindis finales, el Dr. Novoa Santos, uno de los amigos más leales y queridos que

tuvo Gallego en su vida, hizo el homenaje del catedrático de veterinaria y aprovechó aquel momento para leer esta semblanza en verso, titulada "Retrato", hecha indudablemente por quien le conocía bien.

Decía así la semblanza:

"Fosco y mordaz. De continente recio.
Hirsuto y fiero —con el chiste en el labio—
profesaba como un griego la filosofía de Lu-
[crecio
y luce en su cabeza calva el tesoro de un sabio.
Ha hecho de la carne tapices de colores,
y ha destejido y ha hilado en la rueca sin fin,
y ha puesto tanta luz y tal lumbre en sus amores
que, de fosco y de recio, se ha vuelto sutil.
Su corbata bermeja —puesta de sol y sangre
[de toro—
es un símbolo, hecho trapo, de nuestro caballero:
un sueño de esperanza, un raudal de oro,
como el horizonte oscuro y lejano de un aven-
[turero.
Sabe arrancar, como un brujo, los colores del
[cielo
para teñir los hilos de una piltrafa inmortal,
y para guardarlos, avaro, hechos cromo y anhelo,
en un respaldo y en un marco de bálsamo y
[cristal.
Ha enseñado a pintar de prisa y a descubrir un
[tesoro,
y ha dado a sus figuras tal vigor y tonos tan
[extraños,
que las huellas de la pluma de su pincel de oro
soportaron, sin nublarse, la luz y la cadena de
[los años.
Ya le conocéis. Ese es nuestro caballero Don
[Quijote,
cuya cuna ignoro, pero que no es galiciano ni
[catalán.
¡Este es, amigos, el soñador, y bueno, y rebelde
[sacerdote,
en cuyo honor corre en la sangre un hilo y una
[burbuja de champán!"

A continuación, hizo uso de la palabra el Comisario Regio de la Escuela de Veterinaria, don Vicente López Mosquera, quien puso de relieve los méritos humanos y científicos del homenajeado.

Merecen también recordarse las intervenciones de sus compañeros de claustro, Tomás Ro-

dríguez y Eduardo Respaldiza, que subrayaron que Gallego era, ante todo, un veterinario amante de su profesión. También hablaron aquel día Rof Codina y Jesús Culebras.

Al final se levantó Gallego para dar a todos las gracias recordando la colaboración prestada por sus amigos médicos y, para ser más claro, de la Universidad de Santiago, ya que "cuando el fin es justo y lo guía el interés científico, puede pasarse indistintamente de la Medicina a la Veterinaria o a la inversa".

Estas palabras aludían a la proposición que le habían formulado de hacerse médico y que Gallego rehusó. Y es que nuestro destacado colega sentía un profundo cariño por su profesión en la que estaba seguro era posible lograr unas metas científicas semejantes a las de las restantes profesiones médicas liberales. "Amaba a su profesión —escribía un compañero suyo años más tarde— tanto como no conocí a otro, y conociendo y ponderando el estado científico en que entonces estaba la profesión, zahería a aquellos profesionales con las críticas más acerbadas y duras. La llevaba tan dentro, que todas sus energías las encaminó hacia la constitución de un numeroso grupo de investigadores; y aquel coloso de la ciencia se ceñía, se plegaba a sus alumnos hasta conseguir que aquellos que mostraban interés por sus enseñanzas, asistieran en su laboratorio, en horas extraordinarias, a iniciarse en el deletreo de las primeras prácticas histopatológicas. Era como una súplica, como un lamento desesperado, como un ruego desgarrado lo que Abelardo Gallego lanzaba a todos los que se acercaban a él, para ver si así les hacía amar a la profesión como él la amaba, y le dieran el espléndido regalo de su entusiasmo primero y su ciencia después" (15).

Es fácilmente explicable esta lealtad y entrega a su profesión si tenemos en cuenta que en su familia había una antigua tradición en los estudios de veterinaria con numerosos catedráticos. Recuérdese que los Gallego estaban emparentados con los Coderque y con Santiago de la Villa.

En 1921, le solicita la Facultad de Medicina de Salamanca que organice otro cursillo entre alumnos y profesionales, tarea que emprende de nuevo aquel profesor cuya cátedra seguía

siendo ajena a los estudios de Histología, pese a que el 29 de marzo de 1913 había sido nombrado *catedrático interino de Histología Normal* en la Escuela de Veterinaria de Santiago de Compostela.



A. Gallego en el gabinete de Fisiología de la Facultad de Medicina.

VIDA FAMILIAR

Estando de catedrático en Santiago fue cuando contrajo matrimonio con Araceli García, mujer extraordinaria a cuyo talento colaborador se debe gran parte del éxito logrado por su marido. Araceli era un complemento de Abelardo Gallego. Su alegría franca servía de contrapeso al carácter fuerte de su esposo. Araceli le comprendía mejor que nadie y sacrificó todo por mantener aquella entrega de Abelardo Gallego al trabajo en su profesión. Siempre que aparece un gran hombre hay que descubrir junto a él

una mujer también excepcional y este es uno de los casos. Hay un detalle, si se quiere muy simple, pero sumamente esclarecedor, que me produjo honda impresión cuando le conocí. Es aquella escena en el hogar de los Gallego, en que don Abelardo va copiando en cuartillas sus traducciones de trabajos científicos del alemán, mientras su mujer las cosía con hilo rojo, con el amoroso cariño de una madre, que sabía que en la unión de aquellas cuartillas y aquellas hebras había mucho trabajo, mucho sacrificio y una forma valiente y abnegada de ver la vida y de luchar contra unas dificultades en las que las económicas no eran las menores, en una familia tan numerosa.

Una anécdota, que se conoce gracias a su discípulo Isaac Costero, pone de relieve lo que significaba su familia para Gallego. Cuando tuvo el octavo hijo, dadas sus dificultades económicas, cuenta Costero (16) que nadie se atrevía a felicitarle en el laboratorio de la Junta para ampliación de Estudios y entonces lo hizo don Pío del Río Horta y, al quejarse Gallego del trabajo y agobio que suponía un nuevo hijo, un tal Dr. Collado le dijo:

—Pero, don Abelardo, ¿quién, sino usted mismo, es el principal responsable de tener tantos hijos...?

Ante esta impertinencia, el genio de Gallego no se hizo esperar y paróse en un escalón, donde le sorprendió la frase, y le replicó colérico:

—¿Qué está usted diciendo, joven loco? ¿Me está usted sugiriendo que haga trampas...?

(Esta escena tenía lugar en 1923).

Pese a ser grandes los apuros económicos, Gallego no quiso nunca sacrificar su trabajo a formas más cómodas y prácticas de ganar dinero. Se sabe que cierta vez le pidieron un diagnóstico importante, a petición de una persona que no deseaba regatear en aquella ocasión el dinero. Efectuado su trabajo, Gallego hizo un recibo donde anotó una cantidad verdaderamente ridícula para la persona a que iba destinada. Enterado don Félix Gordón Ordás se dirigió a Gallego en tono recriminatorio, aduciendo las razones profesionales y familiares que le obligaban a pasar en esta ocasión una factura alta. Gallego se rebelaba con su "genio endiabrado"

diciendo que los gastos de colorantes eran mínimos y que su trabajo estaba de sobra pagado con la cantidad que solicitaba. No poco le costó a Gordón Ordás convencer a nuestro colega, quien, a regañadientes, elevó discretamente la tarifa. Así era Abelardo Gallego.

Otra forma de ayudarse la familia era con las preparaciones de triquina que montaba y coloreaba Gallego en su propia casa y que se vendían a cinco pesetas a los veterinarios que las solicitaban. Ni que decir, que gran parte del beneficio se iba en el franqueo de aquellas preparaciones.

Entrada la noche llegaba a casa cansado de tantas horas de trabajo junto al microscopio, en unos laboratorios en los que el frío dejaba a aquellos hombres completamente ateridos. Entonces, para Gallego una de sus distracciones favoritas era la lectura. Era un formidable lector de todo tipo de obras en las que las literarias, de arte y filosofía estaban representadas junto a las de su especialidad.

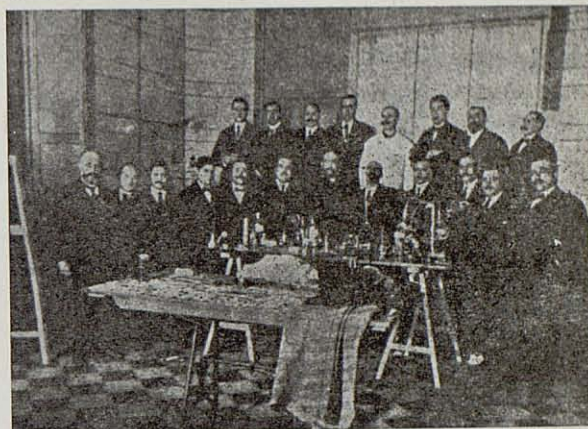
Otras veces gustaba de escuchar música con un aparato de galena que había construido o interpretaba alguna melodía rodeado de la familia, con todo el encanto y ternura que puede hacerlo un padre que sólo veía a sus hijos en contadas horas del día. Quizás una de las cualidades que menos se conocen de Gallego es su afición y predisposición a la música. Solía decir que, de no haber sido veterinario, se hubiera dedicado a la música. "Todo en Gallego —ha escrito Izquierdo Ortega— era duro, cortante. Con el barro del sacrificio construyó su recia personalidad indomable. Fue un ejemplo de alma pura, abnegada y valiente, que concebía esta cosa chiquitina del vivir, como una fiebre continua de vuelo hacia regiones creadoras" (17).

NUEVAS OPOSICIONES

En 1921 se crean las cátedras de Histología, Anatomía patológica y Patología general en todas las Escuelas de Veterinaria.

Al año siguiente se presenta Gallego a la oposición para la de la Escuela de Madrid sin posible competidor. Como estaba previsto, el tribunal, presidido por Ramón y Cajal, le dio el número uno por unanimidad y el nuevo ca-

tedrático eligió la plaza de Madrid. Las otras cátedras fueron para González Alvarez, Germán Saldaña, Tomás Rodríguez y Miguel Toledano. Jesús Culebras se quedó sin plaza, pese a obtener dos votos, uno de ellos el de Cajal.



Grupo de alumnos asistentes al Cursillo de Técnica Histológica Barcelona, 1917). A. Gallego aparece en la 2.ª fila, en quinto lugar.

Una nueva vida y una nueva forma de trabajo iban a comenzar para Gallego. Gracias a la gestión de su colega y pariente Coderque, la familia se trasladó, cerca del Hipódromo, a una casa que pertenecía a este catedrático de veterinaria.

Gallego puede ahora dedicarse plenamente a los estudios de micromorfología, que habían sido su afición y su ocupación durante tantos años.

Incorporado a su nueva cátedra, Gallego, preparó una colección de trabajos suyos que envió como donación a la Escuela de Santiago, atención a la que acusó recibo el Comisario Regio de su antigua Escuela, dándole las gracias y haciendo constar el sentimiento de profesores y alumnos por el traslado (18).

En Madrid se dedica ya, con entusiasmo, a su vocación por la Histología y la enseñanza. A las 8 de la mañana daba su clase en la antigua Escuela de Embajadores y luego se trasladaba al Instituto del Cáncer, del que fue director primero del Pabellón de Laboratorios y años más tarde del propio Instituto, don Pío del Río Hortega, quien le pidió trabajara con ellos, a lo que en un principio se resistió Gallego. Por la tarde a las tres y media o cuatro acudía al laboratorio

de la Junta para Ampliación de Estudios, en la Residencia de Estudiantes, que se había creado en 1919 y dirigía también Río Hortega.

La segunda etapa de Abelardo Gallego como catedrático en Madrid fue, por desgracia, muy breve, pero intensa y decisiva en su vida de hombre de ciencia.

Una de las tareas para él más importantes era la preparación de los estudiante en su cátedra. Todos los que han sido discípulos suyos coinciden en afirmar que era un auténtico maestro en la exposición y en la claridad que daba a las lecciones, lo que permitía a los alumnos una fácil asimilación de la asignatura, que se complementaba siempre de una manera práctica en el laboratorio o en la misma clase donde proyectaba sobre una pantalla las preparaciones. Con motivo de su muerte, Del Río Hortega recordaba, en una nota necrológica, cómo el profesor Gallego había inventado para su cátedra un sencillo y eficiente aparato de proyecciones en una época en que no existían en España, "anticipándose a las casas constructoras austríacas y alemanas" (19).

No fue esta la única ocasión en que demostró Gallego sus formidables cualidades de autodidacta. En realidad, siempre se había formado solo, incluso en Histología, de la que dice su maestro Río Hortega que logró asimilarla sin necesidad de maestros.

Igual que Cajal aprendió, también solo, el alemán a base de diccionario, y ello le permitió dar a conocer en la *Revista de Higiene y Sanidad Veterinaria* los trabajos más interesantes de aquel país, que él traducía en un perfecto castellano, ganando el trabajo muchas veces en claridad, en relación con el original.

Uno de sus alumnos, el Dr. Carbonero Bravo (20), nos ha transmitido el ambiente de la antigua Escuela de Veterinaria en aquel último curso que dio Abelardo Gallego en Madrid. Sus palabras nos rememoran, con honda emoción, el ambiente estudiantil y político que precedía a la instauración de la República Española y el perfil humano y científico de aquel profesor que dejó en sus alumnos un recuerdo imborrable que es, sin duda, la más importante lección que puede dejar un maestro.

"Aquel Curso 1929-30 habría de alterar muchas cosas en la Escuela de Veterinaria de Madrid.

Por primera vez más de 190 alumnos nos habíamos matriculado en primero y, en virtud de uno de los tan variables planes de estudio, más de la mitad venían directamente del bachillerato sin pasar por el filtro del Curso preparatorio en la Universidad.

El reposo de la vieja casona de la calle de Embajadores, se vio alterado por la turbamulta de los nuevos alumnos, que llenaban pasillos y aulas y tomaban un poco a broma el engolamiento decimonónico de algún profesor.

En aquel entonces, el ambiente universitario era inquieto y la Universidad estaba casi en el auge de su politización.

En el alumnado se percibía una inicial falta de respeto hacia algún catedrático que, por sus años o su abandono, no llenaba los anhelos de los alumnos, pero al mismo tiempo se admiraba de una manera plena la figura de aquellos profesores cuya valía era contrastada.

En la cúspide de la admiración de los alumnos, se encontraba D. Abelardo Gallego.

Las referencias que los de "primero" habíamos conseguido recoger de los compañeros de curso más avanzados nos hacían considerar que la Histología tendríamos que aprendérsela de una manera real, de visu, no memorística y que dados los escasos medios con que la Cátedra contaba para dar una enseñanza efectiva, habría que recurrir a enseñanzas complementarias.

El primer día de clase fue una confirmación de los sombríos augurios de los pasillos.

El Profesor Gallego nos expuso en primer lugar las dificultades con que tropezaba para poder darnos una enseñanza efectiva a tan gran número de alumnos. Lo hizo con crudeza, con la indignación semicontenida del que no puede romper las circunstancias adversas que le rodeaban. Con amargura, y yo diría que con esperanza, dijo que él buscaba entre nosotros alguien con hombría suficiente para romper los viejos moldes. En su afán de querernos espolear para que fuéramos como llamas vivas de un nuevo empuje científico, estuvo casi a punto de

herirnos en nuestro amor propio. Aquel primer encuentro hubiera sido un fracaso, si a continuación la gran humanidad de D. Abelardo no se hubiera abierto paso: con el corazón en la mano se entregó a nosotros diciendo que allí estaba para nuestro servicio, que su laboratorio estaba abierto para cualquier alumno que sintiera deseos de trabajar, que él mismo resolvería directamente cualquier dificultad que tuviéramos y que todo su esfuerzo, toda su voluntad y todo su afán estaban en que pudiéramos dominar los fundamentos de la Histología, pero no a base de leer libros, sino mirando preparaciones.

Con un arco voltaico había preparado un proyector cubierto por una tela negra parecido a una cámara fotográfica de los antiguos fotógrafos de feria. Una cubeta de agua intercalada y una lupa movida a mano, refrigeraban y centraban los rayos luminosos que iban al microscopio. La proyección a corta distancia era bastante buena, aunque se fundieron de cuando en

cuando algunas preparaciones teñidas por los métodos de plata. Pero para ver bien la proyección, el oscurecimiento de la sala tenía que ser total y la verdad es que el aula de Histología de la vieja Escuela, apenas si tenía unas cortinas para lograr poco más que una semipenumbra.

Por todo esto, los alumnos nos sentábamos en el suelo a los pies del Profesor Gallego, rodeando el cajón negro del proyector y ocupando materialmente todo el espacio entre éste y la pantalla.

Allí, a oscuras, con la luz que difundía el rayo del arco voltaico, íbamos tomando apuntes y dibujos en colores, de las distintas preparaciones que nos proyectaba.

Naturalmente que una visión tan rápida no permitía retener las características de los distintos tejidos y órganos y por esto, se ofreció el Profesor Gallego a realizar en su laboratorio

Madrid 24 de Febrero de 1928

Instituto Cajal
Paseo de Atocha 13
El Director

Sr. D. Abelardo Gallego:

Mi querido amigo y compañero:

He recibido un prontuario de interesantes fórmulas (contribución al diagnóstico histopatológico) que ya en parte conocía.

Por la fineza le envío las mas cordiales gracias.

A cambio escojeré para V algunas monografías de estos últimos años. Pero antes de reunir las desearia encontrar una nota muy antigua acerca de la coloración de las neoplasias que debe hallarse en la colección, harto desordenada, de mis trabajos de antano.

Le saluda afectuosamente su amigo y compañero.

J. Ramón Cajal

los cortes en el microtomo, para que los alumnos pudiéramos hacer una colección de preparaciones que nos permitiera un estudio más completo, de una manera privada, ya que el material que él tenía para prácticas no permitiría hacer sino un número limitado de ellas.

Me causó una impresión muy profunda, cuando fui por primera vez con unos trocitos de distintos órganos fijados en formol y penetré en el Laboratorio de Histología. D. Abelardo, dejando a un lado la tarea que estaba realizando, lavó las piezas fijadas, se sentó ante el microtomo de congelación y realizó los cortes para que yo pudiera hacer más tarde, fuera del laboratorio de la Escuela, las preparaciones.

Siempre he pensado que este rasgo de humildad, de dedicación a la enseñanza y de sentido de la responsabilidad, fue el arranque de la admiración hacia él y de la amistad y el cariño que con sus hijos tuve y sigo teniendo.

He pensado siempre que sus maneras bruscas, no eran sino el escudo que protegía la inmensa ternura hacia la humanidad de aquel gran corazón.

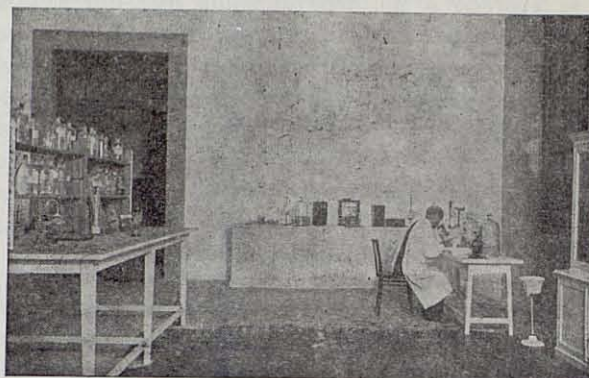
La entrada en las clases para ocupar uno de aquellos primeros puestos ante la pantalla eran de verdadera lucha. Con mucha antelación se formaba un grupo, cada vez más apretado, ante la puerta de entrada y en más de una ocasión las prendas de vestir se vieron desgarradas en el afán de penetración y, hasta en una ocasión, hubo un brazo malparado en uno de los alumnos, que tuvo que recibir asistencia médica.

Lo más difícil de coger de los apuntes del Profesor Gallego, eran las palabras en alemán, que tenía la costumbre de pronunciar al mismo tiempo que pasaba la mano sobre la boca, como si quisiera arrancar con ese gesto la dificultad de la extraña palabra. Yo creo que él debía divertirse mucho, buen conocedor de esa lengua, cuando nosotros pronunciábamos nuestra interpretación del vocablo germánico.

Y por fin, llegaron los exámenes: unas cuantas bandejas de preparaciones y a ir descifrando ante él los órganos, tejidos y detalles que en la proyección aparecían.

Una vez terminados los exámenes y cono-

cidas las calificaciones convocó a todos los que habíamos aprobado en el aula y más o menos nos dijo: —“No he podido hacer una calificación de aquellos de Vds. que realmente sobre-



A. Gallego en el laboratorio de Histología de la Escuela de Veterinaria de Santiago de Compostela.

salen en sus conocimientos de Histología, por eso creo que será más justo que sean Vds. mismos los que designen a aquellos compañeros que comprendan que están más preparados para darles Matrícula de Honor. Por lo tanto, hagan Vds. una votación y por el orden que resulte otorgaré las matrículas”.

Así se realizó y a fe que la elección fue justa.

El laboratorio de Histología para todos nosotros era entonces como un santuario de ciencia, donde teníamos la convicción plena y absoluta de que día a día, minuto a minuto, se estaba realizando una labor trascendente. Esa misma impresión perdura a través de los años con la certeza de que la humildad, la constancia, el esfuerzo y la inteligencia preclara del Profesor Gallego estaban en lo cierto y que ni la muerte prematura pudo arrebatarse la gloria de una persistencia entre la élite de los hombres de la veterinaria española”.

Rubio Palencia (21), estudiante también de aquella vieja Escuela, en cuya fachada figuraban esclarecidos profesores de la veterinaria, ha recogido, en términos muy parecidos, el ambiente estudiantil de las clases de histología y la impresión que producía a los estudiantes la figura extraña de don Abelardo, que les recordaba, en sus maneras, la personalidad del sabio profesor concebida a través de sus lecturas juveniles.

Había que subir la escalera, para asistir a Histología, por aquellos gastados y crujientes peldaños y sobre cuyo descansillo nos enseñaba su ojo rector un viejo reloj de café, que dirigía nuestras actividades en la Escuela. En el descansillo, la escalera se partía en dos laterales. Y al llegar al piso superior había que correr para alcanzar pronto el final del ala derecha, en donde se abría el Laboratorio de Histología, en cuyo fondo, en un menguado cuchitril que mal podía recibir a veinticinco alumnos, habíamos de encontrar acomodo unos cincuenta. De aquí las carreras, los codazos, los empujones, y las violencias de toda índole, cual si actualmente se tratara de tomar el Metro. Aquello descomponía a don Abelardo Gallego, quien solía apostillar: "¡Nada, como borregos, igual que si fueran borregos!" Don Abelardo era un poco raro, al decir de los más; para mí lo era solamente en lo físico y aún si me apuráis un poco el juicio, diré que solamente en parte de su vestuario. Aquellos lazos encarnados, aquellos cuellos tan altos, aquel impermeable macferlán, aquel sombrero verde... En lo espiritual, podría ser un poco cáustico en su conversación, pero era oro de ley y un verdadero sabio, mas por encima de todo, lo que a mis ojos le destacaba era su condición de verdadero maestro, porque la impronta con que destacaron gran número de sus alumnos solamente es patrimonio de los creadores de escuela, de los maestros (21).

En clase era frecuente verle con su bata azul, que contrastaba con su corbata encarnada, dedicado con cariño a todos los cometidos del difícil arte de la enseñanza.

En el laboratorio fueron sus discípulos y colaboradores más íntimos, D. Crescenciano Arroyo, D. Victoriano Belmonte y D. J. Cruz Marín, que destacaron brillantemente después, en España y en el extranjero.

Sus rabietas de genio eran proverbiales y conformaban aquella personalidad valleinclanesca que, al decir de Isaac Costero, le hacía ser un "hombre bien fuera de lo común" (22). En ocasiones, como hemos de ver, manejaba la ironía con la misma destreza que el microtomo. Pero no se crea que por ello resultaba un hombre adusto y agrio, al estilo de algunos misántropos solitarios y amargados. El carácter fuerte

de Gallego iba unido a una pureza de alma poco corriente. Diríase que, igual que Giner de los Ríos, utilizaba la ironía como la única forma y la más intelectual y permitida de agresión, en una persona que vibraba al calor de una profesión que en aquellos momentos renacía, como el Ave Fénix, de las cenizas de una albeitería abandonada hacía poco.

Gallego fue uno de los primeros veterinarios españoles, y también uno de los primeros cate-dráticos, que aplicó un procedimiento científico moderno a la investigación y enseñó en su cátedra con un sentido muy actual, adelantándose a los sistemas de enseñanza que después se pusieron en boga y se hicieron corrientes en los estudios de las técnicas microscópicas.

Y también su mayor mérito ha sido la gran confianza y cariño que depositó en su profesión. Gallego adivinaba que con su generación estaba naciendo una nueva veterinaria española y que, por necesidad, sus estudios habrían de ser reconocidos en el futuro por su gran contribución en el campo de la economía y de las ciencias médicas. Ser veterinario era su mayor orgullo y, como en el caso de Turró, el hecho de destacar muy por encima de sus colegas, no le sirvió en ningún momento para alimentar un orgullo vano y pedantesco. Precisamente Abelardo Gallego era un hombre de un carácter opuesto a cualquier postura de altiva arrogancia, hasta el punto de molestarle que le llamaran cate-drático.

Sus anécdotas denotan un ingenio vivo y descubren aquella aguda inteligencia y su peculiar ironía que ocultaba una personalidad tímida y bondadosa. El caso de Gallego es muy corriente y prueba de ello es la encantadora imagen que nos ha transmitido Carbonero del maestro que, bajo un rostro severo, disfrutaba como un niño oyendo a sus alumnos utilizar en alemán la terminología histológica que pronunciaban disparatadamente.

Su discípulo Costero en un artículo, de recuerdo entrañable, dialoga con el maestro muerto, al que dirige estas significativas palabras: "Mi inolvidable don Abelardo: tu bondad de inaudita pureza, sin una sola mella después de pasar las pruebas más duras, ha sido un consuelo

de la mejor ley durante la vida de este tu discípulo, tampoco desprovista de incidentes amargos" (23).

LA TERTULIA DE "EL HENAR"

Algunos días Gallego acudía a las tertulias de la *Granja El Henar*, aunque dicho sea de paso, un poco a regañadientes y un tanto forzado por la necesidad de relacionarse con sus compañeros. Araceli, su mujer, daba el último empujón a su ánimo para que se viera con sus amigos veterinarios.

Los cafés eran entonces cenáculos de tertulias literarias y profesionales donde se reunían gentes de muy distinta condición. Sin embargo, cada uno tenía su público y su especialidad. El de *San Isidoro* fue un café frecuentado por tratantes, el de *La Cruz de Malta*, por políticos de todo cuño, el *Puerto Rico* tenía su clientela entre los toreros y los cafés de *Levanta*, el *Lion d'Or* y la *Botillería de Pombo*, etc., acogían a un público intelectual de artistas y escritores. En *El Henar* se reunían los veterinarios, en torno a Gordón Ordás, que venía a desempeñar en aquellas tertulias el mismo lugar de Gómez de la Serna en las del Pombo. Este café había sido elegido también como lugar de tertulia por Valle Inclán y durante algún tiempo por los contertulios de Ortega y Gasset.

En *El Henar* se debatían, entre el humo de los cigarros, los problemas profesionales que preocupaban entonces a la profesión veterinaria, que luchaba denodadamente en favor de unos derechos académicos, económicos y sociales que iban a marcar frontera. Allí acudían Manuel Medina, Crescenciano Arroyo, Santiago Enríquez, Sanz Egaña, Andrés Benito, García Armendáritx, Aguinaga, Ruiz Martínez, etc.

En aquella tertulia no podía faltar Gallego, que añadía la nota intelectual e irónica, de rápida agilidad mental, a los comentarios de aquellos hombres que estaban poniendo los cimientos de una nueva veterinaria española. Después de su muerte aún se recordaba la aparición en el café de su figura, tan entrañable para todos, con su aspecto de hombre cansado. Vidal Munné nos le retrata "con su exterior pueblerino y sus ojillos de ardilla. Su ironía do-

lorosa y su sonrisa cordial para los buenos amigos" (24). Novoa Santos decía que parecía el "descendiente de un árabe castellano", de aspecto extraño y temperamento rebelde. "Idealista puro", le llamaba Gordón, que le consideraba en aquella tertulia como uno de sus hombres de confianza y el representante científico del grupo. La amistad de Gallego y Gordón había sido profunda, desde aquel día ya lejano en que muy jóvenes se conocieron en Madrid, gracias a la presentación de don Ramón Coderque. Pasaron durante toda una tarde por Recoletos en animada charla. En 1916 en una carta prólogo (25), Gordón recordaría aquel día en que los dos se sintieron mutuamente atraídos al coincidir en ellos unos mismos anhelos científicos, políticos y sociales de renovación profesional. Hoy, al leer esta carta-dedicatoria de Gordón a Gallego, no puede uno por menos de considerar el carácter pesimista del escrito de este hombre que creía entonces haber fracasado, dejando en cada uno de sus proyectos pedazos de su alma. Se quejaba Félix Gordón Ordás en estas páginas de no haber encontrado su camino, sin pensar entonces que la vida iba aún a depararle mil aventuras y nuevas sensaciones a su espíritu inquieto, en sus afanes de lucha profesional y política.

Gordón y Gallego eran dos almas gemelas, pero completamente opuestas en su carácter y personalidad. Había mucho en ellos afín y muchas cosas también que les separaban. Gordón Ordás era un hombre de acción que necesitaba la lucha y la vida activa político-profesional. Gallego gastaba, sin embargo, esas energías en la dura brega del estudio y la investigación. El uno pesimista, el otro escéptico. Recordarles a los dos es para aludir a sus célebres discusiones, y como los dos eran formidables polemistas, aquellas discusiones cuando comenzaban, se prolongaban durante horas.

Fue en una de aquellas tertulias cuando decidieron de una forma simpática entregar un diploma de veterinario al célebre ingeniero y poeta Francisco Vighi. El suceso, que merece recordarse, como ejemplo de defensa profesional, tuvo lugar por el siguiente motivo. En 1927, se representó en Madrid *Arlequín, mancebo de botica o Los pretendientes de Colombina*, obra que aparecía en el programa de la Compañía

Teatral de "El Mirlo Blanco" que dirigía D. Ramón del Valle Inclán. En dicha pieza teatral de Pío Baroja salía un veterinario, interpretado por Vighi, que por su mentalidad y conocimientos estaba más próximo a los albéitares que a los veterinarios. Entonces, la "peña profesional" que se reunía en la "Granja El Henar", organizó una comida en honor de aquel veterinario tan peculiar en sus diagnósticos, que bien merecía, como ellos decían, "ser arrancado de las garras de la Albeitería y de ingresar en los dominios de la Veterinaria" (26).

Tal como se había proyectado se celebró el primero de abril de 1927 la comida y a los postes se le entregó a Francisco Vighi su caricatura realizada por el estudiante de veterinaria, Juan Caballero, y un supuesto título de veterinario que iba avalado por algunas de las firmas más preclaras de la veterinaria española de aquellos tiempos. El gracioso documento académico decía así:

"Peña Veterinaria de la Granja El Henar.— Por cuanto el ingenioso ingeniero D. Francisco Vighi Fernández, natural de Palencia, provincia de idem, de más edad de la que representa tener y mejor humor del que es corriente a su edad, ha acreditado que reúne condiciones para ser lo que no es el albéitar que representó en "Arlequín, mancebo de botica" y hecho constar ante nosotros su suficiencia para llevar dignamente el verdadero título de veterinario con nota de sobresaliente. Por tanto, de orden de Nuestra Ciencia (q.D.g.) le expedimos este título para que pueda exhibirlo con orgullo ante toda la Compañía de El Mirlo Blanco y le faculte para defender lo que somos ante quienes se empeñan en seguirnos pintando como los que fueron.—Dado en Madrid a 1.º de abril de 1927".

Firmaban el escrito los componentes de la peña, encabezados por Félix Gordón Ordás y Abelardo Gallego.

Pero aparte de estas actividades socio-profesionales, en la "Peña El Henar" se discutieron y proyectaron una gran parte de las conquistas de la profesión veterinaria, que han llegado hasta nuestros días, y que hay que reconocer que no se han ampliado en la medida necesaria por sus sucesores.

La profesión veterinaria estará siempre reconocida al genio de Gordón, al espíritu científico de Gallego, a la erudición humanística de Sanz Egaña, historiador de la veterinaria española; al temple combativo de Andrés Benito, con su raudal de oratoria; a Carlos Santiago Enríquez, "espejo de honradez y lealtad", como le llamó Gordón; al incansable batallador pecuario Rof Codina, al carácter creador de Ruiz Martínez y a tantos otros que fueron contertulios y amigos de la "Granja El Henar".

CURSILLOS DE CAPACITACION PROFESIONAL

Durante la estancia de nuestro afamado histólogo en Madrid, se celebraron en la Escuela Superior de Veterinaria de Madrid diversos cursillos autorizados por el Ministerio de Instrucción Pública, sobre la especialidad que explicaba Gallego. Otras veces los Colegios profesionales invitaban al profesor de Madrid a que se trasladara a provincias, con objeto de organizar los cursillos durante el verano. Uno de los más interesantes, y que todavía se recuerda fue el organizado en 1928 por el Colegio Veterinario de Santander, sobre Histología Veterinaria. Con aquel cursillo se pretendía iniciar a los profesionales para que luego pudieran conocer e interpretar la anatomía patológica.

Carlos Ruiz Martínez se encargó de preparar unos apuntes con las explicaciones del maestro. Es una pena que se haya extraviado el original en el que Ruiz Martínez había reproducido los dibujos con los mismos colores de las preparaciones que les había proyectado el profesor Gallego. De aquellas notas se hicieron dos ediciones: una que apareció en la Revista de Higiene y Sanidad Pecuarias y otra que, en el mismo año de 1929, se publicó con el título *Elementos de Histología General y Especial Veterinaria* (27).

De este cursillo, como de cualquier otro aspecto de la vida de Gallego, se conocen varias anécdotas que no tienen desperdicio. Una de ellas tuvo lugar con motivo de la organización del cursillo. Para las explicaciones, el profesor Gallego llevó su aparato de proyección, las preparaciones y el material histológico de trabajo. Ante la necesidad de preparar la sala de pro-

yecciones preguntó a uno de sus colegas si la corriente era continua o alterna. El veterinario interrogado dicen que le contestó, muy serio y extrañado, que allí tenían corriente todo el día.

Ante semejante réplica Gallego reaccionó, con su habitual estallido temperamental, preparando sus maletas para marcharse. Costó no poco disuadirle de que aquel veterinario no reflejaba la generalidad de los asistentes, aunque profesionalmente era un hombre competente (28).

TÈCNICA HISTOLÒGICA

por

ABELARDO GALLEGO

MODIFICACIONES RAZONADAS DE LOS MÉTODOS TRICRÓMICOS DE VAN GIESSEN Y DE CAJAL, A BASE DEL MÉTODO DE TINCIÓN CON LA FUCHINA BÁSICA Y EL FORMOL ACÉTICO.
FUCHINA-ALCOHOL GUAYACOL-FORMOL ACÉTICO-PICRO FUCHINA.
FUCHINA-FORMOL ACÉTICO-PICRO-FUCHINA-PICRO INDIGO-CARMÍN.

Ya en varios trabajos hemos hecho la crítica del método histológico de tinción con la hematoxilina o hemateína y eosina. Nuestra opinión definitiva es la siguiente: *el referido método es muy recomendable para la coloración de los cortes de tejidos incluidos en eoloidina y en parafina, pero resulta en extremo deficiente cuando se aplica a los cortes obtenidos por el método de la congelación. En este caso es, por todos conceptos, preferible nuestro método de tinción con la fuchina básica y el formol acético.*

Queremos ahora hacer el estudio crítico de los métodos tricrómicos de van GiesSEN y de Cajal, ya que ambos han conseguido el privilegio de ser universalmente aceptados.

Pero ante las enormes dificultades de nuestra empresa, permítasenos — siquiera sea por esta sola vez — que desoigamos el prudente consejo de Schopenhauer («lo bueno, si breve, dos veces bueno»), para exponer nuestra labor en forma de autobiografía, esto es, indicando las dudas, los tanteos, las reflexiones y, en fin, hasta los fracasos

* * *

Pero todavía es más gracioso otro suceso que vino a ocurrir en aquellos días que pasó Gallego en Santander. Reuníanse entonces los veterinarios en el café «El Ancora», lugar también de tertulia de los intelectuales de la provincia y de los foráneos que acudían, sobre todo, durante la estación veraniega.

Allí se reunían los asistentes al cursillo a

tomar café y luego se iban todos juntos a las lecciones que por la tarde explicaba Gallego.

Uno de esos días, cuando estaban tranquilamente sentados en la terraza del café, vieron que uno de los veterinarios asistentes al cursillo se apeaba de su renqueante coche. Era el clásico veterinario de pueblo, con pantalones de pana y aspecto rústico e imponente. El hombre, muy respetuoso se acercó a Gallego y le saludó con estas palabras:

—Buenas tardes, señor catedrático.

Si había algo que le molestara a Gallego era precisamente que le llamaran don Abelardo o señor catedrático. Los componentes de la tertulia dicen que el célebre histólogo le replicó muy incomodado:

—Catedrático lo será usted y toda su familia.

Sin embargo, su rostro cambió enseguida de expresión al ver que su colega, a quien había dejado cortado la agria respuesta del maestro, llevaba en la mano un microscopio. Aquel detalle le halagó profundamente a Gallego y cambiando de tono le felicitó por acudir desde un punto lejano de la provincia con su instrumento de trabajo. Pero el veterinario muy sincero le aclaró:

—¡No señor! Lo traigo aquí a echar un tornillo, ya que lo tengo estropeado.

La carcajada fue general y dicen que Gallego recordaba siempre aquella anécdota cuando tenía algún microscopio averiado en que solía decir que había que «echar un tornillo al microscopio».

El cursillo, aunque breve, fue ampliado en la sesión final, en que el profesor de veterinaria completó las explicaciones mediante la proyección de lesiones de anatomía patológica de algunas enfermedades del mayor interés para aquellos compañeros, como la rabia, la tuberculosis, el muermo, así como de los tumores más frecuentes en la clínica veterinaria.

En este año de 1928 en que dirigió el cursillo en Santander envió Gallego a don Santiago Ramón y Cajal un prontuario que había publicado con el título *Contribución al diagnóstico histopatológico. Métodos de la coloración a base*

de la fuchsina de Ziehl y el formol (29). El sabio histólogo contestó a nuestro compañero con una breve carta en la que le llama compañero y muestra el mayor interés en ayudarlo en sus investigaciones.

Cajal tenía noticias, ya de antaño, de la personalidad de Gallego y había leído sus primeros trabajos realizados en Santiago de Compostela (30). Con motivo de su oposición a la cátedra de Madrid pudo comprobar la preparación de aquel hombre que se consideraba discípulo suyo y había emprendido en medicina veterinaria el estudio anatomopatológico de enfermedades como el moquillo, la rabia, linfangitis epizootica, la tuberculosis, la cenuresis de las ovejas, distomatosis, etc.

Más profunda y entrañable fue la amistad de Gallego con Río Hortega, de quien puede considerarse, con mayor motivo, discípulo, ya que trabajó con él en el Instituto del Cáncer y en los laboratorios de la Junta para Ampliación de Estudios.

Estando en Santiago, Abelardo Gallego había formulado algunas consultas al discípulo de Cajal, quien en 1918 le aclaraba algunos "puntos dudosos para la ejecución de los métodos del tanino". Hay un detalle en la carta que conviene subrayar y es la profecía que hace Río Hortega respecto a la importancia que tendría en el futuro el método de la coloración de las fibras elásticas de Gallego. "Tengo el convencimiento —le escribe— de que su método de fibras elásticas ha de aplicarse mucho en cuanto sea conocido fuera de España" (31).

Al ganar por oposición la cátedra de Madrid, Gallego pudo tener una relación más íntima con el célebre histólogo, al ser solicitada su colaboración en el Instituto Nacional de Oncología de Madrid.

Sobre algunos tipos de tumores del perro y de la vaca pudo trabajar entonces el Profesor Veterinario, quien, a petición del Dr. Novoa Santos, había escrito también el capítulo de tumores que aquel incluyó en su libro de Patología general, capítulo que todavía constituye una inteligente síntesis de esta materia. En el Instituto de Oncología fue Gallego, según dice Costero (32) el "principal colaborador de la sec-

ción experimental". Allí colaboró y estableció entrañable amistad con los discípulos directos de don Pío y con cirujanos tan prestigiosos como Vara López y Dr. Mas.

Don Pío del Río Hortega era discípulo de Cajal y uno de los hombres más destacados de la llamada Escuela de histología española, con

MÉTODO DE TINCIÓN DE SANGRE (EOSINA-AZUL DE UNNA FENICADO)

por
A. GALLEGO

Pocos son los médicos y veterinarios capaces de *hacer* de corrido una preparación microscópica de sangre. Esto obedece, sin ningún género de duda, de una parte, a la relativa complejidad del tejido hemático y las numerosas alteraciones patológicas de que es susceptible, y de otra, sobre todo, a que su análisis microscópico exige una técnica muy delicada y difícil de dominar.

No parece sino que los hematólogos, lejos de dar facilidades para que los estudios hematológicos se generalicen, se vulgaricen, han acumulado obstáculos sobre obstáculos, causando así verdadero pánico a los aficionados a estos trabajos, para conseguir que la Hematología quede en manos de los especialistas, de los privilegiados.

Pues bien, nosotros, enemigos de todo acaparamiento científico, deseosos de abrir de par en par las puertas del laboratorio a quienes sientan ansias de saber lo que allí se hace, vamos a poner al alcance de cualquier buen aficionado un método de coloración de sangre que, además de ser fácil, rápido y seguro, permite resolver la casi totalidad de los problemas que se plantean al tratar de establecer un diagnóstico hematológico.

No negamos que los métodos de tinción más corrientemente usados por los hematólogos (métodos de Giemsa, Jenner, May-Grünwald, Romanowsky y Pappenheim o

una merecida fama por sus descubrimientos de la microglia y la descripción e interpretación de la oligodendroglia, etc.

Don Pío era un investigador singular y un tipo humano no menos excepcional por su personalidad que, los extraños a él, podían tal vez calificar de desconcertante. Había en él mucho de hidalgo castellano y su atuendo bien cuidado y la afición que sentía por la tradición y nobleza de su castillo del Portillo de Valladolid, le hacían ser un remedo, como dice Costero, del Marqués de Bradomín. Por causas ajenas y de temperamento se separó un tanto de Cajal y formó su propia Escuela entre cuyos discípulos se contaba don Abelardo Gallego (33).

Conviene advertir que tal vez la colaboración de Gallego en el laboratorio de Histopatología de la Junta para Ampliación de Estudios, creada en 1907 como institución autónoma, no haya sido subrayada en toda su importancia, salvo la oportuna puntualización hecha por su discípulo Isaac Costero.

La "Residencia de Estudiantes" fue creada en 1910 y pocos años antes de la llegada a Madrid de Gallego, concretamente en 1915, tuvo lugar su traslado a los Altos del Hipódromo, próximo al Museo de Ciencias Naturales. Costero nos ha dejado una crónica exacta y emotiva de lo que significó aquel laboratorio y del cometido que vino a ocupar Gallego en los estudios de la Histología normal y patológica. El laboratorio de la Junta, al igual que otros que allí también se instalaron, figurará siempre en nuestro país como una de las aportaciones más serias a la evolución de los estudios científicos en España. Por la "Residencia de Estudiantes" pasaron como conferenciantes las figuras más sobresalientes del mundo intelectual español y alguna de las más destacadas de Europa en aquel momento. La "Colina de los chopos", como poéticamente se la llamaba, fue el germen de un movimiento regeneracionista y de mentalidad europea, que lastimosamente se truncó con nuestra guerra civil.

Fue uno de los momentos en que España lanzaba serenamente al mundo unos hombres en los que tenía plena confianza y que después habrían de demostrar la eficacia de aquella formación europeísta con la que había soñado Giner. Son nombres como los de Ortega y Gasset, Juan Ramón Jiménez, Valle Inclán, Machado, García Lorca, Cajal, Cabrera, Bolívar, Pittaluga, Río Hortega, Ochoa, etc., cuyo espíritu y obra tanto han influido en los campos de las ciencias y de las letras de la actual generación.

Por aquella calzada, bajo las copas de los tilos pasaron numerosas personalidades de renombre mundial que intervinieron en la llamada Cátedra de la Residencia, o figuraron como colegiados honorarios. "Ciudadela del humanismo español", llamó Martín du Gard, a aquella residencia confiada a la dirección y al talento de Alberto Jiménez.

Recordemos que en 1926, entre las personalidades que intervinieron en el ciclo de conferencias organizado por la Real Sociedad Española de Historia Natural, se encontraba don Pío del Río Hortega, director del Laboratorio de Histología Normal y Patológica, que había sido creado en 1919. "En el Laboratorio de histología —escribe G. de Valdeavellano— don Pío del

Río Hortega, antiguo discípulo de Achúcarro en el laboratorio de Cajal, llevó a cabo silenciosamente durante años una labor que fue singularmente apreciada por los investigadores de todo el mundo"... (34).

El Dr. Ochoa se ha referido también a las funciones de enseñanza e investigación de aquellos laboratorios entre los que existía además una estrecha colaboración, como en el caso del de Fisiología bajo la dirección del Dr. Juan Negrín y el de Histología Normal y Patológica, que llevaba, como decimos, Río Hortega.

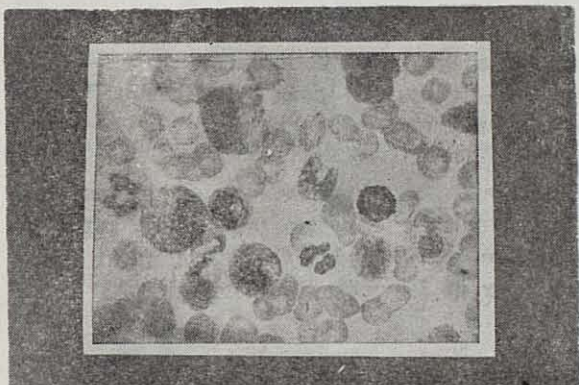
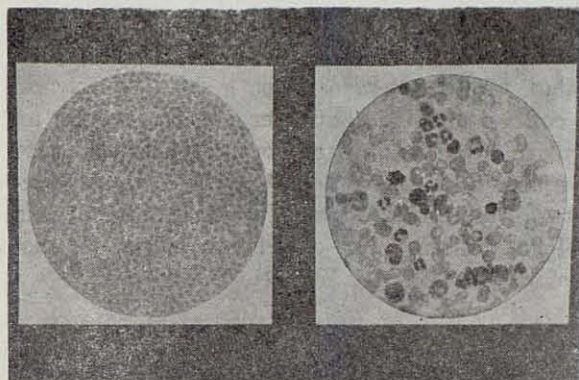
Diariamente acudía Gallego a aquel laboratorio de corte sencillo, como el de los hombres que se sentaban en aquellas mesas pintadas de nogalina, con el deseo de penetrar cada día un poco más en la ciencia que estudiaba las estructuras de los tejidos animales, que iba desde la histología morfológica hasta la histoquímica y las ciencias afines de la histogenia y de la histofisiología. Labor la suya callada, con medios bien modestos y unos ingresos reducidos. Pero en aquel trabajo había mucho entusiasmo y una gran esperanza en el despertar científico de España.

Tal como nos ilustra Costero, el laboratorio situado en uno de los pabellones, contaba con unos microtomos Sartorius, un aparato de microfotografía de Edinger, la estufa de incubaciones y los armarios con los reactivos. En la mesa próxima a la de don Pío se sentaba Gallego. "Fueron realmente don Pío y don Abelardo —escribe Costero— quienes forjaron las bases del trabajo desarrollado en el laboratorio de Anatomía Patológica de la Junta para Ampliación de Estudios en la Residencia de Estudiantes de Madrid".

Numerosos científicos estudiaron en este laboratorio que dirigía el discípulo de Cajal. Aparte de Gallego y de Isaac Costero, por el laboratorio de la Residencia pasaron Felipe Jiménez de Asua, E. Vázquez López, Antonio Llombart, Rafael Vara López, Román Alberca, José Sacristán, López Enríquez, Ortiz Picón y Alvarez Cascos, entre otros.

Los trabajos del profesor Gallego en esos años aparecieron en gran parte en la *Revista de Higiene y Sanidad Pecuarias*, como leal ho-

menaje a su profesión; por ello, junto a su nombre, siempre hacía constar su calidad de catedrático de Veterinaria y de miembro investigador del laboratorio de la Junta para Ampliación de Estudios. De esa época son sus estudios sobre la tuberculosis perlada, la coloración del



Ilustraciones del trabajo de tinción de sangre.

bacilo de Koch, las glándulas circumanales del perro, la histopatología de los centros nerviosos del moquillo, etc. "Investigador infatigable —como dice Costero— realizó una labor científica extensa y productiva" (35).

ENFERMEDAD Y MUERTE

La muerte del profesor de la Escuela Superior de Veterinaria puso fin a una tarea científica prometedora. ¿Hasta dónde hubiera llegado Gallego en sus estudios? No lo sabemos. Su maestro, Río Horteiga, escribió el día de su muerte que en aquellos momentos "nadie en España le superaba en cultura histopatológica" (36).

La Providencia Divina, que maneja los hilos de la suerte y de la muerte, los cortó en un

momento decisivo de su evolución científica, de un modo parejo a como sucedió con el malogrado Achúcarro. Gallego no tenía buena salud y ya en Santiago había sido tratado de una pulmonía por el Dr. Novoa, pero con todo se puede decir que su muerte fue un tanto inesperada y resultó un duro golpe para la profesión. La prensa veterinaria recogió la triste noticia que llegó a su gran amigo Gordón Ordás en su montaraz destierro de Puente Barjas, donde había sido recluso.

Gallego adquirió una bronconeumonía, enfermedad a la que tenía predisposición, y que era mucho más grave entonces en que apenas existían medios para combatirla. También en esta ocasión acudió Novoa Santos con objeto de salvarle la vida. Pero los esfuerzos de su viejo y leal amigo fueron inútiles. A las 11 de la mañana del 3 de febrero de 1930 debaja de existir nuestro sabio veterinario, que según se decía había adquirido la enfermedad en el frío recinto de los laboratorios.

La familia pidió que no se enviaran coronas ni quiso repartir esquelas. Al día siguiente, a la misma hora del fallecimiento, fue conducido su cadáver al cementerio de La Almudena. Entierro sencillo, como había sido su vida. Sin embargo, una nutrida representación de hombres de ciencia, de compañeros, de discípulos, acudió a dar la última despedida al que se llamó "el solitario del laboratorio". Allí estaban Novoa Santos, Río Horteiga, Pittaluga, Pérez Lista, Corral, Negrín, Blanco, Martínez Nevot, representantes de la Junta para Ampliación de Estudios y del Museo de Ciencias Naturales, la Asociación Turró de estudiantes de Veterinaria, personal del Instituto Nacional de Oncología, la agrupación de la FUE de Madrid, claustro de la Escuela de Veterinaria, sus colaboradores en la cátedra, numerosos estudiantes, etc.

Las últimas biopsias que había estudiado las hizo para los doctores Gómez Ulla y Manuel Varela Radio. Su maestro, P. del Río Horteiga publicó en *El Sol* con el título de "Muerte de un sabio. Don Abelardo Gallego", un emotivo artículo en el que hacía una semblanza de su amigo y colaborador.

La Prensa profesional, representada por *La Semana Veterinaria*, recogió la noticia de la

muerte y entierro del célebre histólogo que ocupó diversos números de la revista (37). Una honda tristeza invadió a la profesión veterinaria que, tras la muerte de García Izcara y Ramón Turró, perdía con Abelardo Gallego al último de sus hombres de ciencia que había logrado adquirir una consideración en el ámbito mundial de las técnicas micrográficas. El sabio y humilde profesor de veterinaria había muerto sin recibir honores ni condecoraciones que, dicho sea de paso, nunca deseó e, incluso, no fue elegido, en 1928 injustamente miembro de la Real Academia de Medicina.

Al morir Gallego, su mujer y sus ocho hijos quedaban en una apurada situación económica. La honradez y pureza de conducta de aquel hombre que no había intentado situarse, ni ganar dinero, llegó a los corazones de sus amigos y del resto de los veterinarios españoles. Se creó el llamado "grupo de los cien" que espontáneamente se ofrecía a socorrer a la familia. Los contertulios de "El Henar" acordaron editar su obra y los compañeros del Instituto Nacional del Cáncer solicitaron una beca para el hijo mayor.

Su desvelo, el derroche de su trabajo durante años, de su tiempo, e incluso de su propia economía, de que hizo ofrenda como coordinador del "grupo de los cien", D. Crescenciano Arroyo, revelaron una vez más la hombría de bien de este discípulo y amigo de Gallego, para quien los veterinarios y los hijos del histólogo guardarán siempre profunda y sincera gratitud.

Un domingo, 18 de agosto de 1935, desde las páginas de *La Semana Veterinaria*, aquel hijo de Gallego con su mismo nombre, daba las gracias a todos los veterinarios españoles por haber concluido sus estudios gracias al concurso material y moral de los que habían sido compañeros de su padre (38). Aquel joven lleno de inquietudes que seguía su misma senda trabajando también junto a don Pío del Río Hortega, moriría en su mejor momento, en el frente de batalla, cuando los campos de España se ensangrentaron en una lucha fratricida. Una bomba segó la vida de este hijo de Gallego, que murió en el ejercicio de su profesión en un hospital de campaña. Con él desaparecía una auténtica promesa, dentro de la familia en los estudios de la investigación biológica.

Como homenaje al significado profesional de la obra de Gallego y en memoria suya, se celebró en Córdoba, del 17 al 23 de marzo de 1930, una semana veterinaria con la intervención de diversos conferenciantes, que subrayaron la labor científica e hicieron la semblanza del recién fallecido catedrático. Entre ellos hizo uso de la palabra Félix Gordón Ordás, quien se refirió a la personalidad desconcertante de su gran amigo. "De apariencia hosca —dijo— sufriendo el contacto de las gentes, era en su interior un espíritu infantil, que se asombraba curioso ante el misterio de las cosas". Al referirse a su preparación apuntó que "era fundamentalmente un biólogo y además un espíritu inquieto del movimiento filosófico y literario".

Contaba Gordón en aquella jornada necrológica cómo cuando llegó Gallego al laboratorio de Investigaciones Biológicas y al Instituto del Cáncer asombró por sus conocimientos en biología. Era un "polemista permanente —añade Costero— de cuantas ideas científicas o filosóficas pudieran ponerse a discusión".

Su gran deseo fue revolucionar los estudios de veterinaria en nuestro país y fue, como recordó aquel día Gordón Ordás, "el gran democratizador de los métodos histológicos".

En el primer aniversario de su muerte se organizó otra velada necrológica en la Escuela de Veterinaria de Madrid, con las intervenciones de las figuras profesionales más sobresalientes de aquel momento: Gordón Ordás, Sanz Egaña, Cayetano López, González Álvarez, Armendáritz, etc. Don Carlos Ruiz Martínez fue el encargado de leer las numerosas adhesiones y unas palabras de agradecimiento del hijo mayor de Gallego.

La cátedra fue ocupada por su compañero González Álvarez, que compitiendo con él había sacado la segunda plaza. Al dirigirse por primera vez a sus alumnos desde la tribuna donde se había sentado el maestro, pronunció estas palabras llenas de humildad, que han sido tantas veces recordadas:

—Señores alumnos, la cátedra de Gallego sigue vacante.

SEMBLANZA DEL PROFESOR GALLEGO

Antes de poner punto final a esta semblanza, creemos oportuno justificar la intención con que ha sido escrita y prever la impresión que su lectura pueda suscitar.

El profesor Gallego se presenta en ella, con esa aureola espiritual de los verdaderos científicos, de la que emana la actividad intelectual que es, a su vez, motor permanente de la acción callada y heroica del trabajo de cada día.

Uno de los pilares básicos de la moderna biología, está formado por los sillares de la morfología, que los pioneros de la investigación biológica han ido descubriendo y ensamblando, en largos años de labor silenciosa, en la penumbra de los viejos laboratorios.

Los morfólogos, además de contar con dotes excepcionales de observación y con gran capacidad para relacionar morfología y función, necesitaban un instrumento idóneo para realizar su trabajo. Las técnicas de tinción, representan sin duda, el instrumento de trabajo fundamental en histología. La labor de los histólogos que crearon estas técnicas, tiene el mérito excepcional de haber logrado establecer métodos de tinción, aún no superados, en una labor de investigación que, en sus albores, hubo de ser puramente empírica.

Puede afirmarse que actualmente, cuando se conoce ya, en gran parte, la inmensa complejidad química de las estructuras celulares y la base físico-química de los procesos implicados en las técnicas de tinción, resulta asombroso constatar que se hayan logrado establecer entonces, con tal precisión, los métodos que han servido de base al diseño morfológico de las más intrincadas estructuras biológicas.

Programar, hoy día, una investigación acerca de la fijación de sustancias colorantes a determinadas estructuras biológicas aún cuando se conocen ya, en alto grado, la bases moleculares de ambas y sus delicados mecanismos de interacción, sería una tarea árdua y extremadamente difícil.

Por ello, al examinar con mirada inquisitiva y profunda, una colección de preparaciones histológicas hechas hace medio siglo, resulta asom-

broso contemplar los resultados obtenidos. De ese asombro, nace un respeto profundo hacia los hombres que hicieron posible este logro científico, tras el que se ocultan miles de horas de trabajo paciente, fervoroso, solitario y frío, mantenido exclusivamente por el calor de la esperanza de *ver más y mejor*, para intentar penetrar en el misterio de la vida.

El grito de angustia y esperanza, resumido en las palabras de Goethe: "Luz, más luz", que expresan una actitud del más alto valor humano ante lo desconocido, se ha hecho realidad gozosa, simbólicamente, en esta parcela fascinante de la investigación biológica que es la Histología.

Queda hecho, en páginas anteriores, un bosquejo representativo del "clima", en el que se desenvolvía la profesión veterinaria del primer cuarto del siglo que vivimos. Para ello, se han relatado anécdotas de la vida real, plenas de sentido humorístico algunas de ellas, impregnadas todas de un profundo significado, que matiza la vida veterinaria de entonces.

El profesor Gallego, pionero de la moderna veterinaria, aparece en este pasaje histórico, como figura central de la que irradian los valores humanos e intelectuales que, desde el horizonte, ya lejano, de los primeros años de este siglo, iluminan el futuro científico de nuestra profesión, futuro que es hoy, ya, afortunado presente en la Veterinaria Española.

La figura del profesor Gallego, encuadrada en su tiempo, en su "circunstancia", dá perspectiva de futuro al devenir científico de nuestra profesión, nacida en un ambiente modesto —como todas las ciencias— pero ennoblecido por las figuras señeras que la han impulsado hasta el nivel alcanzado, hoy día, en el que se ha realizado el viejo sueño de poder hablar, en rigor de Ciencia Veterinaria.

BIBLIOGRAFIA

Anónimo, 1917.—Cursillo de métodos rápidos de diagnóstico histológico en el Laboratorio de Fisiología de la Facultad de Medicina de Barcelona del 12 al 24 de enero de 1917. *Rev. de Hig. y San. Pec.*, 7: 807.

Anónimo, 1917.—Abelardo Gallego en Barcelona. Cursillo práctico de Técnica histológica. *Rev. Veterinaria de España*, 11 (1-2): 12-14.

Anónimo, 1930.—Ha muerto Abelardo Gallego. *La Semana Veterinaria* (685): 113-117.

Anónimo, 1930.—El heroísmo de Gallego. *La Semana Veterinaria* (687): 149-153.

Anónimo, 1930.—Una semana en memoria de Gallego. *La Semana Veterinaria* (688): 173-176.

Anónimo, 1951.—Recordando a Don Abelardo Gallego. *La Veterinaria Toledana* (14): 8-9.

Beccari, N., 1952.—*Elementi di Tecnica microscopica*. Quinta Edizione. Soc. Editrice Libreria. Milano.

Costero, I., 1930.—El profesor Abelardo Gallego. *Archivos Españoles de Oncología*, 5 Cuaderno 2.º: 195-199.

Costero, I., 1949.—“La escuela española y su proyección en América” en *Manual Didáctico de Anatomía Patológica*. Impr. en El Libro Perfecto. México.

Costero, I., 1963.—Ciencia y conciencia bajo los tilos.—*Residencia*. México, diciembre.

Dualde, D., 1971.—Modificación al método de Gallego para la coloración de tejidos en general. *Veterinaria*, XXXVI (6): 207-212.

Frauchieger, E. y R. Fankhauser, 1957.—*Vergleichende Neuropathologie des Menschen und der Tiere*. Springer-Verlag. Berlín.

Galindo García, F., 1972.—Algunos rasgos y anécdotas de Abelardo Gallego. *Bol. SYVA* (173): 240-242.

González Álvarez, R., 1944.—*Manual de Técnica Micrográfica*. Tercera edición. A. Boné. Madrid.

Gordón Ordás, F., 1916.—Carta dedicatoria a D. Abelardo Gallego en *Apuntes para una Psicofisiología de los animales domésticos*. Impr. La Democracia. León.

Gordón Ordás, F., 1930.—De Puente Barjas a “El Henar”. El vuelo sin retorno. *La Semana Veterinaria*, (689): 193-199.

Izquierdo Ortega, J., 1933.—Turró y Gallego.

La Semana Veterinaria (838): 41-43.

Langeron, M., 1949.—*Précis de microscopie*. Masson et Cie. París.

Max (Pseudónimo de Novoa Santos), 1917.—El profesor D. Abelardo Gallego Canel. *El eco de Santiago* del 16 de febrero.

Martoja, R. y M. Martoja-Pierson, 1970.—*Técnicas de histología animal*. Toray-Masson. Barcelona.

Mc Manus, J.F.A. y R.W. Mowry, 1968.—*Técnica histológica*. Prólogo y apéndices de J. Escalona. Atika, S.A. Madrid.

Peregrín, E.S., 1960.—*Manual técnico de análisis clínicos* 7.ª edic. Granada.

Piédrola Gil y García Rodríguez, 1956.—*Manual práctico de laboratorio*. Madrid.

Río Horteiga, P. del, 1930.—Muerte de un sabio. Don Abelardo Gallego. *El Sol*, 4 de febrero.

Romeis, B., 1928.—*Guía Formulario de Técnica histológica*. Traducido de la 11.ª edición alemana por el Dr. E. Fernández-Galiano. Edit. Labor. Barcelona.

Serrano Tomé, V., 1970.—La Veterinaria y sus hombres. Abelardo Gallego Canel. *Veterinaria*, 35 (10, 11 y 12): 527-29; 597-600 y 659-663.

Urtubey, L., 1944.—*Histología*. Segunda edición. Edit. Alhambra. Madrid.

Vidal Munné, J., 1946.—Recordando a Gallego. *Bol. Ciencia Veterinaria* (164): 529-30.

PUBLICACIONES MAS IMPORTANTES DEL PROFESOR A. GALLEGO

Las granulaciones eosinófilas en el hombre y en los animales domésticos *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. II. pág. 189, 1912.

Hematología comparada: Dimensiones, basofilia y granulaciones basófilas de los hematíes en el hombre y en los mamíferos domésticos. *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. III, pág. 129, 1913.

Técnica histológica: El formol agente transformador y fijador de las coloraciones por las fuchinas básicas. Nuevo método de tinción utilizable en Histología y en Anatomía patológica.

Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias, vol. IV, pág. 203, 1914.

Técnica histológica: Examen crítico experimental del método de la congelación. Sus aplicaciones al estudio de la Histología normal, Histopatología e Inspección de carnes. *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. IV, pág. 287, 1914.

Contribución al estudio de las pseudotuberculosis verminosas. Lesiones producidas por el *Strongylus rufescens* y el *Distoma lanceolatum*. *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. V, pág. 465, 1915.

Algunos procedimientos de coloraciones combinadas a partir del método de tinción con la fuchina básica y el formol acético: Fuchina-formol acético-Eosina. *Treballs de la Soc. de Biol. de Barcelona*, 1915, 155-166.

Modificaciones razonadas de los métodos tricrómicos de Cajal y de Van Giesson a base del método de tinción con la fuchina y el formol acético. *Treballs de la Soc. de Biol. de Barcelona*, 1915, 167-203.

Estudio sobre lo que son la Histología normal y la Histopatología en las Facultades de Medicina y lo que deben ser en las Escuelas de Veterinaria. *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. VI, pág. 655, 1916.

Investigación del bacilo de Koch. Examen crítico del método de C. Biot. Modificaciones de que es susceptible. *Rev. Vet. de España*, vol. VIII n.º 3, pág. 138, 1914.

Valor diagnóstico de la eosinofilia en la equinocosis humana y bovina. *Rev. de Hig. y Sdad. Pec.* vol. VI, 1916.

Las cirrosis hepáticas en las distomiasis. *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. VI pág. 279, 1916.

Carcinoma canalicular del páncreas de la vaca. *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. VI, pág. 503, 1916. *Treballs de la Soc. de Biol.*, vol. IV, pág. 177, 1916.

Método de tinción de sangre (eosina-azul de Unna fenicado). *Treballs de la Soc. de Biol.*, vol. IV, pág. 160, 1916. *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. VIII pág. 104, 1918.

Contribución al estudio de los disembrionomas.

Adenocarcinoma paradentario. *Treballs de la Soc. de Biol.*, vol. IV, pág. 165, 1916.

Anatomía patológica comparada: Un caso de vascularización central y de esclerosis centrífuga del tubérculo. *Rev. de Hig. y Tuberculosis*, vol. XCII, pág. 1, 1916.

Otro método de coloración del bacilo de Koch (fuchina alcohol clorhídrico-formol). *Treballs de la Soc. de Biol.* vol. IV, pág. 155, 1916.

Métodos rápidos de coloración de las fibras elásticas en los esputos. Procedimiento de tinción sucesiva del bacilo de Koch y de las fibras elásticas. *Treballs de la Soc. de Biol.*, vol. V, pág. 1, 1917. *Rev. de Hig. y Tuberculosis*, vol. XCIII, pág. 193, 1917.

Técnica histológica (segunda nota) *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. VII, pág. 77, 1917. *Treballs de la Soc. de Biol.*, vol. IV, pág. 56, 1917.

Técnica histológica (tercera nota). *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. VII, pág. 199, 1917. *Treballs de la Soc. de Biol.*, vol. IV, pág. 188, 1917.

Técnica histológica (cuarta nota). *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. VII, pág. 261, 1917. *Treballs de la Soc. de Biol.*, vol. IV, pág. 250, 1917.

Métodos de coloración de las fibras elásticas en los esputos. *Treballs de la Soc. de Biol.*, vol. VIII, pág. 203, 1918.

Técnica histológica: Nuevos métodos de coloración en las fibras elásticas. *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. VIII, pág. 145, 1918.

Histopatología comparada: Contribución al estudio de los didembriomas. Condromixofibroadenocistoma de la mama de la perra. *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. IX, pág. 679, 1919.

La fuchina básica y el formol en la técnica histológica. Nuevos métodos de coloración de los tejidos y especialmente de las fibras elásticas. *Trab. del lab. de Inv. biol. de la Univ. de Madrid*, vol. XVII, pág. 135, 1919. *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. IX, pág. 253, 1919.

Procedimiento colorimétrico para la determinación cualitativa y cuantitativa de formol en

la leche. *Treballs de la Soc. de Biol.*, vol. VII, pág. 284, 1922.

Über einige histologische Färbungsmethoden unter Anwendung von Carbofuchsin und Formol. *Zeitschr. f. Infektionskr., parasit. Krankh. u. Hyg. der Haustiere*, vol. XXV, fasc. I, 1923.

Algunos métodos de coloración histológica a base de fuchina fenicada y formol. *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. XIV, pág. 244, 1922.

Sobre la presencia de corpúsculos fusiformes en las células gigantes en un caso de tuberculosis perlada. *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. XVII, pág. 85, 1924. *Bol. de la Soc. Esp. de Biol.*, vol. XII, fasc. I, 1924.

Modificación de los métodos de Biot y de Könrich para la coloración del bacilo de Koch en los tejidos. *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. XIV, pág. 131. *Bol. de la Soc. Esp. de Biol.*, vol. XI, fasc. I, 1924.

Beitrag zur histologischen Diagnose der Tollwut. Eine einfache, schnelle und sichere Methode zur Färbung der Negrischen Körperchen, in Schnitten. *Zeitschr. f. Infek. Krankh. der Haustiere*, vol. XXVIII, 1924.

Contribución al diagnóstico histológico de la rabia. Método rápido, sencillo y seguro para la coloración de los corpúsculos de Negri en los cortes. *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. XIV, pág. 499, 1924. *Bol. de la Soc. Esp. de Biol.*, vol. XI, fasc. I, 1924.

Contribución al estudio de las lesiones del hígado en la tifohepatitis de los pavos. *Bol. de la Soc. Esp. de Biol.*, vol. XI, fasc. I, 1924. *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. XIV, pág. 555, 1924.

Sobre un nuevo tipo glandular. Contribución a la histología de las glándulas circumanales del perro. *Bol. de la Soc. Esp. de Biol.*, vol. XI, fasc. II, 1926. *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. XV, pág. 479, 1925.

Contribución a la histopatología de las glándulas circumanales del perro. Adenoma y adenocarcinoma de la región anal. Nuevos detalles estructurales. *Bol. de la Soc. Esp. de Biol.*, vol. XI, fasc. II, 1926. *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. XV, pág. 651, 1925.

Contribución a la histopatología de las micosis. Sobre un caso de pseudotuberculosis micótica de la gallina. *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. XV, pág. 651, 1925.

Contribución al estudio de las blastomycosis. Algunas observaciones sobre la histopatología de la linfangitis epizootica. *Rev. de Hig. y Sdad. Pecuarias*, vol. XVI, pág. 141, 1926.

Contribución a la histopatología de los centros nerviosos en el moquillo del perro. I. Alteraciones vasculares y modificaciones en la microglía. *Bol. de la Soc. Esp. de Biol.*, vol. XII, fasc. I, 1926.

Contribución a la histopatología de los centros nerviosos en el moquillo del perro. II. Alteraciones de la neuroglía y de las células nerviosas. *Bol. de la Soc. Esp. de Biol.*, vol. XII, fasc. II, 1926.

Contribución a la histopatología de la coenuresis cerebral en la oveja. *Bol. de la Soc. Esp. de Biol.*, vol. XII, fasc. III, 1926.

Zur Kenntnis der pathologischen Histologie des Zentralnervensystems bei Hundestaupe. *Z. Inf. Krkh. Haustiere* 34, 38, 1928.

Dos nuevas variedades de células cebadas (Mastzellen) en los bóvidos. *Mem. de la R. Soc. Esp. de Hist. Nat.*, vol. XV, pág. 611, 1929.

Contribución a la histopatología del llamado sarcoma genital del perro (Nota previa). *Libro homenaje a Goyanes*, pág. 567, y en *Archivos Esp. de Oncol.*, vol. I, cuaderno 2, pág. 201, 1930.

La histopatología en la inspección de carnes y productos cárnicos. *Rev. de Hig. y San. Pec.*, 19 (11-12): 835, 1929.

Contribución al diagnóstico histopatológico. Métodos de coloración a base de fuchina de Ziehl y el formol. *Rev. de Hig. y San. Pec.*, vol. XIX, pág. 108, 1928.

Advertencia sobre el diagnóstico histológico de la rabia. *Rev. de Hig. y San. Pec.*, vol. XVI, pág. 79, 1926.

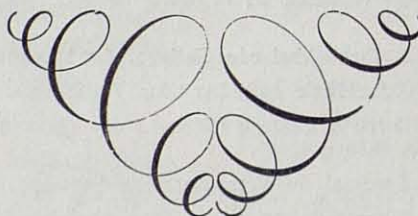
Contribución al diagnóstico histopatológico. Colegio Oficial de Veterinarios. Granada, 1928. Reeditado en 1953.

Una técnica rápida para teñir fibras elásticas. *Rev. Esp. de biología*, 5, 95-99, 1936.

NOTAS

- (1) Los interesados en conocer la bibliografía veterinaria sobre Abelardo Gallego deben consultar *La Semana Veterinaria*, Boletín profesional de la *Revista de Higiene y Sanidad Pecuarias* de los años de su muerte y las contribuciones, entre otros, de Gordón Ordás (1930), Julián Izquierdo (1933), Vidal Munné (1946), Serrano Tomé (1970), Galindo García (1972), etc.
- (2) MIER, E. DE, 1928. *Siluetas históricas (Viajes y descripciones)*. Talleres Espasa-Calpe. Madrid.
- (3) Fue nombrado catedrático el 16 de marzo de 1903 y tomó posesión el 8 de abril de ese mismo año.
- (4) PEREZ LUGÍN, A., 1971. *La Casa de la Troya*. Librería Gali. Santiago de Compostela.
- (5) RAMÓN Y CAJAL, S. 1968. *Mi infancia y juventud*. Octava edición. Colec. Austral. Espasa-Calpe. Madrid. Véase igualmente *Los comienzos de la crisis universitaria en España* de F. Aguilar Piñal. Colec. Novelas y Cuentos. Edit. Magisterio Español. Madrid, 1967.
- (6) GALLEGO, A., 1912. Las granulaciones eosinófilas en el hombre y en los mamíferos domésticos. (Trabajos de laboratorio). *Bol. R. Soc. Esp. Hist. Nat.*, 12: 208-212.
- GALLEGO, A., 1913. Notas y comunicaciones. Hematología Comparada. *Bol. R. Soc. Esp. Hist. Nat.*, 13: 219-229.
- (7) GALLEGO, A., 1914. Técnica histológica; el formol agente transformador y fijador de las coloraciones por las fuchinas básicas. Nuevo método de tinción utilizable en Histología y en Anatomía Patológica. *Rev. de Hig. y San. Pec.* 4: 203.
- (8) Otro de sus amigos fue el veterinario Cruz Gallástegui, a quien Gallego gestionó la autorización necesaria para realizar sus primeras experiencias de botánica y fitogenética en el jardín de la Escuela de Veterinaria. En 1921, se fundó por la Junta de Ampliación de Estudios la Misión Biológica, donde llevó a cabo su labor investigadora.
- (9) Del discurso de Gallego en su homenaje en 1917 en Santiago de Compostela.
- (10) SINGER, CH., 1947. *Historia de la biología*. Espasa-Calpe. Argentina. Buenos Aires.
- (11) Véase el artículo en *El Eco de Santiago*, n.º 9.125 del 16 de febrero de 1917, firmado con el pseudónimo MAX, y del que es autor Novoa Santos.
- (12) El interesado en conocer con más detalle todo lo relacionado con la "Cuestión Universitaria" puede consultar el libro de Vicente Cacho Viu, *La Institución Libre de Enseñanza*. Edic. Rialp. Madrid, 1962.— Véase igualmente mi libro: *Augusto González de Linares y el estudio del mar*. Institución Cultural de Cantabria. Diputación Provincial. Santander, 1972.
- (13) SERRANO TOMÉ, V., 1970. La Veterinaria y sus hombres. Abelardo Gallego Canel. *Veterinaria*, 35 (10, 11 y 12): 527-529; 597-600 y 659-663.
- (14) Véase el apéndice en la edición española de la obra de Mc Manus y R. W. Mowry. Edic. Atika. Madrid, 1968. Págs. 304 y 577 y ss.
- (15) ANÓNIMO, 1951. Recordando a Don Abelardo Gallego. *La Veterinaria Toledana*, (14): 8-9.
- (16) COSTERO, I., 1963. Ciencia y conciencia bajo los tilos. *Residencia*, México, diciembre 1963.
- (17) IZQUIERDO ORTEGA, J., 1933. Turró y Gallego (Glosa a dos obras de arte adquiridas por el Instituto de Biología Animal). *La Semana Veterinaria*, (838): 41-43.
- (18) Escrito n.º 67 de la Escuela Especial de Veterinaria de Santiago del día 12 de septiembre de 1922.
- (19) RÍO HORTEGA, P. DEL, 1930. Muerte de un sabio. Don Abelardo Gallego. *El Sol*. Madrid, 4 de febrero.
- (20) Agradecemos al Dr. Domingo Carbonero Bravo su amable y atenta colaboración al enviarnos unas cuartillas con sus impresiones y recuerdos del profesor Gallego.
- (21) RUBIO Y PALENCIA, M., 1958. Estampas de la vieja Escuela de Veterinaria de Madrid. *Bol. Inform. y Suplemento Científ. del Consejo G. de Colg. Vet. de España*, 5 (131-132): 41-46.
- Manuel Rubio Palencia, veterinario titular de Badajoz ex-profesor ayudante de la Facultad de Veterinaria de León, era colaborador de *Semblanzas Veterinarias*. La muerte nos privó de su trabajo. Sirvan estas líneas de recuerdo a su memoria (M. Cordero).
- (22) COSTERO, I., 1960. Ciencia y conciencia bajo los tilos. *Revista de la Residencia de la Junta de Ampliación de Estudios*. México.
- (23) COSTERO, I., 1960. *Opus. cit.* pág. 71.
- (24) VIDAL MUNNÉ, J., 1946. Recordando a Gallego. *Bol. Ciencia Veterinaria* (164): 529-530.
- (25) GORDÓN ORDÁS, F., 1916. *Apuntes para una psicofisiología de los animales domésticos*. Imp. de "La Democracia". León. Véase la carta-dedicatoria.
- (26) MADARIAGA, B., 1971. D. Lotario Navarro, Veterinario Titular. *Bol. SYVA de León*, (155): 27-28.
- Véase igualmente el n.º 5 de la *Revista de Higiene y Sanidad Pecuarias* de mayo de 1927, págs. 369-370.

- (27) RUIZ, C., 1929. Cátedra ambulante de Histología. Elementos de Histología general y especial veterinaria. Cursillo dado en Santander por el profesor Abelardo Gallego. *Rev. de Higiene y Sanidad Pecuarias*, 19 (1-2): 14-103. GALLEGO, A., 1929. *Elementos de Histología General y Especial Veterinaria*. Apuntes y dibujos tomados por C. Ruiz Martínez. Talleres Tipogr. Ruiz de Lara. Cuenca.
- (28) MADARIAGA, B., 1972. Problemática veterinaria actual. *Bol. SYVA de León*, (167): 38-41.
- (29) En 1953 el Colegio Oficial de Veterinarios de Granada hizo una reedición de mil ejemplares de este folleto.
- (30) Turró también era conocido de Cajal y existe un trabajo suyo sobre "Origen y naturaleza de las alexinas" que publicó en 1903 en *Trabajos del Laboratorio de Investigaciones Biológicas de la Universidad de Madrid*, 2: 71-76.
- (31) Carta de P. del Río Hortega a Abelardo Gallego, desde el Laboratorio de Investigaciones Biológicas, de fecha 6 de marzo de 1918.
- (32) COSTERO, I., 1930. El profesor Abelardo Gallego. *Archivos españoles de Oncología*. Madrid
- (33) CASTRO, F. DE, 1952. "Cajal, como maestro" en el número homenaje a Cajal de la *Revista IBYS*, mayo 1952, págs. 37-49.
- (34) G. DE VALDEAVELLANO, L., 1972. "Un educador humanista: Alberto Jiménez Fraud y la Residencia de Estudiantes". Introducción al libro de Alberto Jiménez Fraud *Visita a Maquiavelo*. Edic. Ariel. Barcelona, Pág. 51.
- (35) COSTERO, I., 1930. El profesor Abelardo Gallego. *Archiv. Españoles de Oncología*. Madrid.
- (36) RÍO HORTEGA, P. DEL, 1930. Muerte de un sabio Don Abelardo Gallego. *El Sol*, 4 febrero.
- (37) Véanse de febrero del año 1930 los números 685, 687 y 688.
- (38) GALLEGO, A., 1935. Un saludo a los veterinarios españoles. *La Semana Veterinaria*. (973): 595-597.



EXTERIOR
DE
LOS PRINCIPALES ANIMALES DOMÉSTICOS,
Y MÁS PARTICULARMENTE DEL CABALLO.

OBRA ILUSTRADA

con 140 GRABADOS intercalados en el texto.

POR

D. SANTIAGO DE LA VILLA Y MARTIN.

Catedrático de Anatomía general y descriptiva, Nomenclatura de las regiones externas y Edad de los animales domésticos en la Escuela especial de Veterinaria de Madrid.

2.^a EDICION

precedida de una Introducción sobre la BELLEZA ECUESTRE.

por

EL EXCMO. SR. D. MIGUEL LOPEZ MARTINEZ,

y corregida y aumentada con unos artículos acerca del caballo árabe, escritos en francés por M. de Lamartine, y traducidos y publicados en *La Veterinaria Española*.

POR

D. LEONCIO F. GALLEGO.



MADRID: 1883.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE M. MINERVA,
calle de Juanelo, núm. 49.

La obra clásica de D. Santiago de la Villa (véase pág. 187-193) pariente de D. Abelardo Gallego, con una aportación de D. Leoncio F. Gallego también pariente.